LA INVITADA PERFECTA

A veces, dejar entrar a alguien es el peor error.



CAPÍTULO 1: LA CASA DE CRISTAL
CAPÍTULO 2: BAJO LA LLUVIA
CAPÍTULO 3: LA CENA IMPROVISADA
CAPÍTULO 4: EL MECÁNICO FANTASMA
CAPÍTULO 5: LA INVASIÓN SUTIL
CAPÍTULO 6: RECUERDOS PRESTADOS
CAPÍTULO 7: EL ACCIDENTE
CAPÍTULO 8: LA SOMBRA EN EL ESPEJO
CAPÍTULO 9: LA PRUEBA
CAPÍTULO 10: EL DIAGNÓSTICO
CAPÍTULO 11: LA HUIDA
CAPÍTULO 12: LA REVELACIÓN
CAPÍTULO 13: EL GIRO
CAPÍTULO 14: LA VERDADERA IDENTIDAD
CAPÍTULO 15: LA CÓMPLICE

CAPÍTULO 1: LA CASA DE CRISTAL

El silencio en Blackwood House no era paz; era una advertencia.

Laura dejó la última caja de libros sobre la madera de roble virgen del salón y se enderezó, sintiendo un crujido seco en la zona lumbar. El sonido pareció resonar en las paredes desnudas, rebotando contra los ventanales de suelo a techo que convertían la casa en una pecera de lujo. Desde allí, el bosque circundante parecía una masa negra y amorfa, una garganta abierta lista para tragar la luz del atardecer.

—Es perfecta, ¿verdad?

La voz de David la sobresaltó. Laura dio un pequeño respingo, casi imperceptible, pero lo suficiente para que él lo notara. David estaba en el umbral de la cocina americana, con dos copas de vino tinto en las manos y esa sonrisa de anuncio de dentífrico que antes la derretía y ahora, por alguna razón que no podía verbalizar, le provocaba un frío en la nuca.

—Es… enorme —respondió Laura, forzando una sonrisa. Se alisó el jersey de cachemir, un gesto nervioso que había adoptado en los últimos tres meses—. Hay mucho eco.

David avanzó hacia ella. Se movía con la seguridad de quien es dueño no solo del espacio que pisa, sino del aire que respira. Le tendió la copa.

—Se llenará. Muebles, alfombras, recuerdos… —David le acarició la mejilla con el pulgar. Su piel estaba caliente; la de Laura, helada—. Es un lienzo en blanco, Lau. Justo lo que prometimos. Un nuevo comienzo. Sin manchas.

Laura tomó la copa y bebió un trago largo. El vino era caro, con cuerpo, pero le supo a óxido. *Sin manchas*. La palabra flotó entre ellos, cargada de todo lo que no decían. Las manchas eran los

mensajes de texto a las tres de la mañana, el perfume barato en las camisas de David, los gritos, el perdón suplicado de rodillas.

—¿Te has tomado la pastilla? —preguntó él. Su tono era suave, solícito, impregnado de esa preocupación paternal que últimamente la asfixiaba más que su traición.

—Todavía no. Iba a hacerlo después de cenar.

David suspiró, un sonido breve por la nariz que indicaba una decepción controlada. Dejó su propia copa en la isla de la cocina y buscó en el bolso de Laura, que descansaba sobre la encimera. Sacó el frasco naranja.

—Cielo, el doctor Evans fue muy claro. La regularidad es clave para estabilizar tus niveles de serotonina. No queremos que vuelvas a tener esos… episodios de ansiedad, ¿verdad? —Sacó una pastilla blanca y pequeña y se la puso en la palma de la mano, ofreciéndosela como si fuera una hostia sagrada—. Hazlo por mí. Necesito saber que estás bien para poder estar bien yo.

Laura miró la pastilla. Odiaba cómo la hacían sentir: algodonosa, lenta, como si viviera con una escafandra puesta. Pero odiaba más la mirada de David cuando ella se resistía, esa mirada que decía: *«Mira cuánto me esfuerzo por salvar esto y qué poco colaboras tú»*.

Se tragó la pastilla con un sorbo de vino.

—Buena chica —susurró él, y le dio un beso en la frente.

Laura sintió náuseas.

Se giró hacia el ventanal para ocultar su expresión. El cielo sobre las colinas se estaba tiñendo de un gris violáceo, amoratado. Las nubes se agolpaban con una violencia contenida, hinchadas y bajas. Blackwood House era una maravilla arquitectónica de hormigón y cristal, aislada en medio de veinte hectáreas de bosque privado a las afueras de la ciudad. No había vecinos. No había ruido de tráfico. Solo ellos dos y el peso de su matrimonio fracturado.

—Va a caer una buena —comentó Laura, abrazándose a sí misma.

—Solo es lluvia, Lau. Estás muy tensa.

—Estamos a cuarenta minutos del pueblo más cercano, David. Si pasa algo…

—¿Qué va a pasar? —David se rió, una risa seca—. Tenemos generadores, una despensa llena y una alarma de última generación. Estás segura. Te he traído aquí para que estés segura. Lejos del estrés de la ciudad. Lejos de… las distracciones.

«Lejos de ella», pensó Laura, pero no lo dijo. David había jurado que la aventura había terminado, que fue un error estúpido, un desliz insignificante. Había comprado esta casa como ofrenda de paz, gastando una fortuna de los ahorros conjuntos. Laura había aceptado venir porque la alternativa —el divorcio, la soledad, admitir que su vida perfecta era una mentira— le aterraba más que el aislamiento.

Pero ahora, mirando el reflejo de la habitación en el cristal oscurecido, vio a una mujer pequeña y pálida atrapada en una caja transparente.

La primera gota golpeó el cristal como una bala.

Luego otra. Y otra. En cuestión de segundos, el repiqueteo suave se transformó en un rugido. El viento comenzó a aullar, doblando las copas de los árboles que rodeaban la casa como si fueran de papel.

—Voy a subir las maletas al dormitorio principal —anunció David, ignorando la tormenta—. ¿Por qué no preparas algo de picar? Nada complicado. Quizás esa tabla de quesos que compraste.

—Claro.

Cuando David subió las escaleras, sus pasos resonando en la estructura metálica, Laura se quedó sola en la inmensa cocina. El diseño era tan moderno que resultaba clínico. Todo estaba oculto tras paneles blancos sin tiradores. Laura tuvo que abrir tres armarios antes de encontrar el cuchillo para el queso.

Mientras cortaba el brie, su mano tembló. El cuchillo resbaló y golpeó la tabla de madera con un *clac* fuerte.

—Cálmate, Laura. Estás bien. Él te quiere. Esto es un nuevo comienzo —susurró para sí misma. Era su mantra. Se lo repetía diez, veinte veces al día.

Pero su instinto, esa voz animal que las pastillas intentaban adormecer, gritaba lo contrario. Le decía que David no la había traído allí para salvar el matrimonio, sino para esconderla. Para controlarla sin testigos.

Un relámpago iluminó el salón con una luz blanca y cegadora, seguido instantáneamente por un trueno que hizo vibrar los cimientos de la casa. Las luces del techo parpadearon.

Laura soltó el cuchillo.

—¿David? —llamó, mirando hacia el techo.

—¡Estoy arriba! ¡Solo es una tormenta! —gritó él desde el piso superior. Su voz sonaba irritada, no asustada.

La lluvia arreciaba con tal fuerza que parecía que alguien estaba lanzando cubos de agua contra el cristal. Laura se acercó al ventanal del salón. No se veía nada, solo la negrura absoluta del bosque y su propio reflejo distorsionado por el agua que corría por el exterior.

De repente, las luces volvieron a parpadear. Esta vez, el zumbido eléctrico de la nevera se detuvo. El sistema de climatización exhaló un último suspiro y murió.

Oscuridad total.

—¡Mierda! —La voz de David llegó amortiguada desde arriba.

Laura se quedó paralizada en medio del salón. La oscuridad en el campo no es como la de la ciudad; es densa, pesada, casi sólida. Tanteó a su alrededor buscando su móvil, pero lo había dejado en el bolso, al otro lado de la isla.

—¿David? —Su voz salió más aguda de lo que pretendía—. Se ha ido la luz.

Escuchó los pasos de él bajando apresuradamente las escaleras. El haz de luz de la linterna de un móvil cortó la oscuridad, cegándola momentáneamente.

—Tranquila, tranquila —dijo David, iluminando la cara de Laura. Ella se cubrió los ojos—. Debe ser un poste caído. Maldita sea, la inmobiliaria juró que el sistema eléctrico estaba soterrado.

—Dijiste que había generadores —le recordó Laura, sintiendo que el pánico empezaba a subir por su garganta como bilis.

—Sí, pero son para la calefacción y el sistema de seguridad, no para toda la iluminación. Tendré que ir al garaje a revisarlos. Tienen que saltar automáticamente.

—No me dejes sola aquí —suplicó ella, agarrándole del brazo. El músculo bajo la camisa de David estaba tenso como una roca.

—Laura, por favor. No seas infantil. El garaje está a diez metros, conectado por el pasillo interior. No voy a salir fuera.

Él se soltó de su agarre con suavidad pero con firmeza, dejándole la linterna del móvil en la mano.

—Toma. Quédate aquí. Voy a usar la linterna del llavero. Vuelvo en cinco minutos. Si tienes miedo, tómate otra copa de vino.

David desapareció por el pasillo que llevaba a la zona de servicio y al garaje. Laura se quedó sola de nuevo, rodeada por el sonido ensordecedor de la tormenta. El viento aullaba como un animal herido.

Se acercó al sofá y se sentó, encogiendo las piernas. La luz del móvil proyectaba sombras alargadas y grotescas de los muebles modernos contra las paredes. Parecían dedos largos intentando alcanzarla.

«Estás paranoica. Es el estrés de la mudanza. Es la culpa. Deja de imaginar cosas».

Cerró los ojos e intentó contar sus respiraciones. Uno, dos, tres…

BAM. BAM. BAM.

Laura abrió los ojos de golpe. El corazón le golpeó las costillas con violencia.

El sonido no había sido un trueno. Había sido rítmico. Deliberado.

Miró hacia la puerta principal, una enorme losa de madera maciza reforzada con acero. Estaba cerrada con tres cerrojos.

BAM. BAM. BAM.

Alguien estaba golpeando la puerta.

No con los nudillos. Con los puños. O con todo el cuerpo.

Laura se levantó, temblando de pies a cabeza. El móvil en su mano agitaba el haz de luz por la habitación de forma caótica.

—¿David? —susurró, aunque sabía que David estaba en el garaje, en el extremo opuesto de la casa.

Los golpes se detuvieron un segundo. Y luego, una voz. No se entendía lo que decía, el rugido del viento se tragaba las palabras, pero el tono era inconfundible. Era un grito de auxilio. Un grito desgarrado, agudo, desesperado.

Laura dio un paso hacia la puerta, y luego otro, hipnotizada por el terror y la curiosidad. ¿Quién demonios podía estar ahí fuera, en medio de la nada, bajo esta tormenta apocalíptica?

Se acercó a la mirilla digital, pero sin electricidad, la pantalla estaba negra. Tendría que mirar por la estrecha franja de cristal blindado lateral.

Acercó la cara al vidrio frío. Fuera todo era negro, lluvia y caos.

Entonces, un relámpago rasgó el cielo.

Y la vio.

Había una figura pegada al cristal. Una mujer. Su pelo estaba pegado al cráneo por el agua, su ropa era un desastre empapado, y sus ojos… sus ojos estaban abiertos de par en par, inyectados en sangre, mirando directamente a los de Laura con una intensidad que le heló la sangre.

La mujer levantó una mano pálida y golpeó el cristal justo delante de la cara de Laura.

—¡Abrid! —gritó la desconocida, su voz atravesando el doble acristalamiento como un cuchillo—. ¡Por favor! ¡Me están siguiendo!

Laura retrocedió, tropezando con sus propios pies. La linterna del móvil cayó al suelo, girando sobre sí misma y creando un efecto estroboscópico que hacía parecer que la mujer de fuera se movía a saltos, como un monstruo de película antigua.

En ese instante, David apareció corriendo desde el pasillo del garaje.

—¿Qué pasa? ¿Qué son esos gritos?

—Hay alguien —dijo Laura, con la voz estrangulada, señalando la puerta—. Hay una mujer ahí fuera. Dice que la persiguen.

David miró a Laura y luego a la puerta, donde la sombra seguía golpeando con frenesí.

—¿Qué? —David se acercó a la puerta, incrédulo.

—¡David, no abras! —gritó Laura. Un instinto primario se apoderó de ella. Algo en la mirada de esa mujer no era normal. Había demasiado miedo. O quizás… demasiada locura—. ¡No sabemos quién es!

Pero David ya tenía la mano en el primer cerrojo.

—Laura, está cayendo el diluvio universal. No podemos dejarla ahí.

—¡David, espera!

El sonido metálico del último cerrojo al abrirse sonó como un disparo en la oscuridad.

La puerta se abrió de golpe, empujada por el viento, y la tormenta entró en la casa.

CAPÍTULO 2: BAJO LA LLUVIA

El viento no entró; irrumpió. Fue una bofetada fría y húmeda que olió a tierra mojada y ozono, llenando el recibidor de un caos inmediato. La puerta, pesada como una lápida, golpeó la pared interior con un estruendo que hizo vibrar el suelo bajo los pies descalzos de Laura.

David se adelantó, luchando contra la presión del aire para agarrar el pomo, pero su atención no estaba en la puerta. Estaba en ella.

La mujer dio un paso vacilante hacia el interior, cruzando el umbral como quien huye de un incendio. Estaba empapada hasta los huesos. El agua no solo goteaba de ella; manaba, formando un charco oscuro y creciente sobre el parqué de roble inmaculado que Laura había pulido mentalmente mil veces antes de mudarse.

—¡Gracias! ¡Oh, Dios mío, gracias! —dijo la desconocida. Su voz era un hilo agudo, roto por el castañeteo incontrolable de sus dientes.

David logró cerrar la puerta, empujando con el hombro hasta que los cerrojos volvieron a encajar. El silencio regresó de golpe, pero ya no era el mismo silencio de antes. Ahora estaba cargado, contaminado por la respiración agitada de tres personas y el *goteo, goteo, goteo* rítmico de la ropa de la extraña.

Laura levantó el móvil, apuntando con la linterna hacia la intrusa. El haz de luz blanca cortó la oscuridad y le dio de lleno en la cara.

La mujer parpadeó, cegada, y se llevó una mano a los ojos.

—Perdona —murmuró Laura, bajando el haz de luz hacia el suelo, pero no antes de haber visto lo suficiente.

Era joven. Quizás unos años menor que Laura. Incluso con el pelo oscuro pegado al cráneo como un casco mojado y el rímel corrido bajo los ojos dándole un aspecto de mapache trágico, era

innegablemente hermosa. Tenía esa estructura ósea delicada, casi felina, que no necesita maquillaje ni buena iluminación. Llevaba un vestido de seda ligero, totalmente inapropiado para una tormenta, que se adhería a su cuerpo como una segunda piel, revelando la curva de sus caderas y el temblor violento de sus hombros.

—Lo siento muchísimo… —La mujer se abrazó a sí misma, frotándose los brazos con desesperación—. Mi coche… se murió a unos doscientos metros. Justo antes de la curva de los robles. Vi vuestra luz antes de que se fuera todo y… corrí.

—Tranquila, tranquila —dijo David. Su voz había bajado una octava, adoptando ese tono grave y tranquilizador que solía usar con los clientes importantes o cuando Laura tenía un ataque de pánico. Pero había algo más. Una urgencia—. Estás a salvo. Estás dentro.

David se acercó a ella, invadiendo su espacio personal con una naturalidad que a Laura le provocó un pinchazo en el estómago. No le preguntó si estaba herida; simplemente le puso una mano en la espalda baja, sobre la tela mojada, y la guió suavemente hacia el centro del recibidor, lejos de la puerta.

—Estás helada —constató él, retirando la mano como si le quemara. Miró a Laura, y la luz de la linterna que ella sostenía iluminó la cara de su marido desde abajo, creando sombras grotescas en sus cuencas oculares. Parecía una calavera enfadada—. Laura, no te quedes ahí parada. Necesita toallas. Y ropa seca.

La orden fue directa, sin el "por favor" de rigor. Laura sintió una resistencia instintiva, una voz en su cabeza que gritaba: *«¿Quién es ella? ¿Por qué la tocas así?»*. Pero la educación, ese corsé social que su madre le había ajustado desde niña, se impuso. No podía dejar a una mujer temblando de frío en su recibidor, por muy sospechosa que fuera la situación.

—Sí… claro. Voy a por ellas —dijo Laura, aunque sus pies parecían de plomo.

—Me llamo Elena —dijo la mujer, mirando a Laura. Sus ojos eran grandes, oscuros, líquidos. Había una súplica en ellos que desarmó momentáneamente la hostilidad de Laura—. Siento irrumpir así. De verdad. No sabía qué hacer. No tengo cobertura y…

—Nadie tiene cobertura aquí con este tiempo —la interrumpió David, con una sonrisa afable—. Soy David. Y ella es mi mujer, Laura.

Mi mujer. Las palabras sonaron posesivas, pero Laura no pudo evitar notar que David no la miró al decirlas. Sus ojos seguían fijos en Elena, recorriendo su figura temblorosa con una mezcla de preocupación y… ¿curiosidad?

—Bienvenida a Blackwood House, Elena —dijo Laura, forzando la cortesía. El nombre de la casa sonó pretencioso en sus propios labios—. Ven al salón. Al menos los sofás son cálidos.

Guiaron a Elena hacia el salón. La casa, sin electricidad, parecía una caverna inmensa. Los muebles modernos, sombras agazapadas. David colocó su linterna tipo llavero sobre la mesa de centro, apuntando hacia el techo, lo que creó una iluminación difusa y fantasmal que apenas alcanzaba las esquinas de la habitación.

Elena se dejó caer en uno de los sillones de terciopelo gris, encogiéndose hasta parecer una niña pequeña.

—Tengo el coche bloqueado en el barro —explicó Elena, con la voz entrecortada—. Intenté llamar a la grúa antes de que muriera la batería, pero…

—Olvídate del coche —dijo David, de pie junto a ella, imponiendo su altura—. Con esta tormenta no va a venir ninguna grúa. Y la carretera principal debe estar intransitable por las ramas. He visto caer un par de árboles viejos al entrar.

Laura sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura.

—¿Estás diciendo que no puede irse? —preguntó Laura. La pregunta salió más brusca de lo que pretendía.

Elena levantó la vista, asustada.

—Oh, no, no quiero molestar. Si me dejáis cargar el móvil un poco, puedo intentar llamar a un amigo para que venga a por mí…

—No digas tonterías —cortó David, girándose hacia Laura con el ceño fruncido. En la penumbra, sus ojos brillaron con una advertencia: *«No seas la esposa celosa y loca ahora mismo»*—. Laura, mira cómo está cayendo ahí fuera. Sería una imprudencia criminal dejar que alguien salga. Elena se queda esta noche. Tenemos habitaciones de sobra.

Se queda.

No fue una sugerencia. Fue un decreto.

Laura apretó la mandíbula. Era su casa también. Se suponía que este era su refugio, su lugar para sanar, y en menos de veinticuatro horas, David ya estaba tomando decisiones unilaterales, metiendo a desconocidos en su santuario.

Pero miró a Elena. La chica estaba tiritando tan fuerte que el sillón vibraba ligeramente. Sus labios empezaban a tornarse de un color azulado preocupante.

—Claro que se queda —concedió Laura, tragándose su bilis. La culpa, esa vieja amiga, le dio un codazo. *«Estás siendo paranoica. Es una pobre chica atrapada en una tormenta. Tú harías lo mismo»*—. Voy a buscar toallas y algo de ropa. Creo que tengo un chándal que te valdrá, aunque te quedará un poco grande.

—Gracias, Laura. Eres muy amable —dijo Elena. Sonrió, y por un segundo, la vulnerabilidad desapareció. Fue una sonrisa perfecta, simétrica, que iluminó su rostro mojado con una belleza radiante.

Laura sintió una punzada de inferioridad. Incluso empapada y ojerosa, Elena tenía un magnetismo que Laura sentía haber perdido años atrás, o quizás nunca tuvo.

—Ahora bajo —dijo Laura.

Se dio la vuelta y caminó hacia la escalera, llevándose su móvil como única fuente de luz. Subir los escalones hacia la oscuridad del piso superior se sintió como una huida. Necesitaba alejarse de la energía que irradiaban ellos dos ahí abajo. Necesitaba un momento para respirar, para ordenar el caos en su cabeza.

Llegó al piso de arriba. El pasillo era largo y las puertas de las habitaciones estaban cerradas, pareciendo bocas selladas. Entró en el dormitorio principal y fue directa al vestidor.

El olor a lavanda de los saquitos que ponía entre la ropa la calmó un poco. *«Estás loca»*, se dijo mientras buscaba un juego de toallas blancas y gruesas. *«Es solo una chica. David solo quiere ayudar. Quiere ser el héroe, como siempre. Le gusta que le necesiten. Eso es todo»*.

Sacó un chándal gris de algodón y una camiseta térmica. Cogió las toallas. La suavidad del tejido en sus manos le dio una sensación de realidad.

Todo estaba bien.

Laura salió del dormitorio y caminó de vuelta hacia la escalera. Sus pasos, amortiguados por las zapatillas de casa, no hacían ruido sobre la alfombra del pasillo superior.

Al llegar al inicio de la barandilla, que daba directamente al salón de doble altura, se detuvo.

Desde su posición, arriba y en la oscuridad, tenía una vista perfecta de la escena inferior. La pequeña luz que David había dejado en la mesa creaba un círculo de intimidad alrededor de los sofás, dejando el resto en penumbra. Era como mirar un escenario de teatro desde un palco privado.

Iba a anunciar su llegada, a decir "Aquí tengo la ropa", pero las palabras se le murieron en la garganta.

David estaba sentado en el borde de la mesa de centro, peligrosamente cerca de las rodillas de Elena. Le había servido una

copa de vino —la copa de Laura, se dio cuenta ella con un espasmo de indignación— y Elena la sostenía con ambas manos, bebiendo con avidez.

Pero no hablaban.

El silencio entre ellos no era el silencio incómodo de dos extraños forzados a compartir un espacio por las circunstancias. No había esa distancia social, esa rigidez corporal de "no te conozco".

David estaba inclinado hacia delante, con los codos en las rodillas, mirándola fijamente. Elena había bajado la copa y le devolvía la mirada.

El cuerpo de Laura se tensó, activando cada terminación nerviosa.

Había algo en la forma en que se miraban. Una intensidad eléctrica. Una familiaridad gravitacional.

Elena ya no temblaba. Su postura había cambiado; ya no estaba encogida. Tenía la barbilla alzada, el cuello expuesto, y sus ojos estaban clavados en los de David con una fijeza depredadora, o quizás… cómplice.

David extendió la mano lentamente. Laura contuvo el aliento, esperando que él le tocara la cara, o la mano, confirmando sus peores miedos.

Pero David se detuvo a milímetros de la mejilla de Elena. Retiró un mechón de pelo mojado que le caía sobre la frente, un gesto tan íntimo, tan cargado de una ternura específica, que Laura sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Elena no se apartó. Ni siquiera parpadeó. Sus labios se curvaron ligeramente, una microexpresión que solo duró una fracción de segundo, pero que Laura captó con la claridad de un relámpago.

No era gratitud.

Era reconocimiento.

Laura retrocedió un paso en la oscuridad del piso de arriba, apretando las toallas contra su pecho hasta que le dolieron los dedos. Su corazón martilleaba tan fuerte que temió que pudieran oírlo desde abajo.

Ellos no actuaban como dos personas que acababan de conocerse en una noche de tormenta.

Actuaban como dos personas que llevaban mucho tiempo esperando este momento.

CAPÍTULO 3: LA CENA IMPROVISADA

Laura tardó tres minutos en bajar las escaleras. Tres minutos en los que se obligó a respirar en cuatro tiempos, a alisar las arrugas invisibles de su jersey y a componer una máscara de anfitriona perfecta sobre su rostro desencajado.

«Lo has imaginado», se repitió, aferrándose al pasamanos frío. *«La luz era mala. Estabas arriba, en la oscuridad, proyectando tus miedos sobre ellos. David solo le quitaba el pelo de la cara. Es amable. Es táctil. Siempre lo ha sido».*

Pero cuando llegó al salón, la atmósfera había cambiado.

David había encendido velas. No una o dos, sino docenas. Había saqueado el cajón de emergencias y distribuido velas blancas de distintos tamaños por toda la estancia: sobre la repisa de la chimenea apagada, en la mesa de centro, en el alféizar de los ventanales negros. La habitación, antes una cueva de sombras amenazantes, ahora oscilaba en una penumbra dorada y cálida, casi romántica.

Demasiado romántica.

Elena ya no estaba en el sofá. Se había puesto de pie al oír los pasos de Laura.

—¡Laura! —exclamó.

La transformación fue tan drástica que Laura tuvo que parpadear. La mujer empapada y temblorosa de hacía diez minutos se había esfumado. En su lugar, había una presencia vibrante. Elena se había secado el pelo con una de las toallas, dejándolo caer en ondas oscuras y salvajes sobre sus hombros. El chándal gris que Laura le había prestado —un conjunto viejo que usaba para limpiar— debería haberle quedado holgado y sin gracia. Sin embargo, Elena se había remangado los pantalones hasta las pantorrillas y había anudado la camiseta a la cintura, convirtiendo la ropa de estar por casa en algo casual y extrañamente elegante.

—Espero que no te importe —dijo Elena, tocándose el nudo de la camiseta y señalando las velas con un gesto amplio—. David ha tenido la genial idea de la iluminación analógica. Dice que si vamos a estar atrapados, mejor hacerlo con estilo.

David. Ya no era "tu marido".

—Está bien —dijo Laura, dejando las toallas secas que traía sobre una silla, sintiéndose estúpida por cargarlas cuando Elena ya parecía seca—. Te queda bien la ropa.

—Me queda de lujo porque tienes un gusto excelente, incluso para la ropa cómoda —Elena sonrió. Sus dientes eran muy blancos a la luz de las velas—. Gracias, de verdad. Me sentía como una rata de alcantarilla hace un momento. Me habéis salvado la vida. Literalmente.

—No exageres —intervino David, apareciendo desde la cocina con una bandeja grande de madera. Traía queso, uvas, crackers y el resto de la botella de vino—. Solo te hemos abierto la puerta.

David parecía euforico. La tensión y el cansancio de la mudanza se habían evaporado. Se movía con una energía renovada, sus ojos brillaban al reflejar las llamas de las velas. A Laura se le encogió el corazón al reconocer esa mirada: era la mirada de David cuando

tenía público. David necesitaba ser admirado, y Elena, con su gratitud efusiva y sus ojos grandes, era la audiencia perfecta.

—He preparado una cena de supervivencia —anunció él, depositando la bandeja en la mesa de centro—. Sentémonos en la alfombra. Tipo picnic. La mesa del comedor es demasiado formal para una noche de tormenta, ¿no?

Se sentaron en el suelo, formando un triángulo alrededor de la comida. Laura se colocó deliberadamente al lado de David, rozando su brazo con el suyo, marcando territorio de una forma patética que ella misma detestó al instante. Elena se sentó frente a ellos, cruzando las piernas con flexibilidad de bailarina.

Fuera, la tormenta seguía rugiendo, golpeando los cristales con furia, pero dentro, el círculo de luz de las velas creaba una burbuja de intimidad forzada.

—Entonces, Elena —dijo Laura, intentando que su voz sonara casual mientras partía un trozo de queso—, ¿qué hacías conduciendo por aquí con este tiempo? Esta carretera no lleva a ninguna parte, solo a las fincas privadas.

Era una pregunta trampa. Laura la lanzó como un dardo, esperando ver titubeos.

Elena no parpadeó. Cogió una uva y la sostuvo cerca de sus labios.

—Soy fotógrafa de paisajes —respondió con naturalidad—. Busco localizaciones "dramáticas". Bosques antiguos, estructuras abandonadas… Me dijeron que la luz en este valle antes de las tormentas es única. —Soltó una risa suave, autocrítica—. Supongo que me obsesioné tanto buscando la luz perfecta que no vi venir la oscuridad. Un clásico error de novata ambiciosa.

—¿Fotógrafa? Eso es fascinante —dijo David, sirviéndole más vino—. Laura intentó pintar una temporada, ¿te acuerdas, cariño? Pero no tenía paciencia para los detalles.

Laura se tensó. Odiaba que sacara sus fracasos a relucir, y menos frente a una desconocida que parecía perfecta.

—Lo dejé porque no tenía tiempo con el trabajo, David —corrigió ella, seca.

—Claro, el trabajo —David rodó los ojos con una complicidad burlona hacia Elena—. Mi mujer es una ejecutiva feroz. Yo soy el soñador, ella es la de los números.

—El equilibrio perfecto —dijo Elena, mirándolos a los dos. Su mirada se detuvo en Laura un segundo más de lo necesario. No había burla en sus ojos, sino una especie de análisis clínico, como si estuviera calculando el peso del alma de Laura—. Admiro a la gente que sabe mantener los pies en la tierra. Yo siempre estoy un poco… en las nubes. Por eso acabo en casas de extraños pidiendo asilo.

Elena empezó a contar anécdotas de sus viajes. Historias sobre hostales en Perú, sobre perderse en Marruecos, sobre amaneceres en Islandia. Hablaba con las manos, gesticulando, llenando el espacio vacío de la casa con sus palabras. Era encantadora. Hipnótica. Laura se sorprendió a sí misma riéndose de una historia sobre una cabra que se comió su pasaporte. Por un momento, olvidó su miedo. Elena tenía ese don: hacía que quisieras que te cayera bien.

—Eres muy divertida —admitió David, limpiándose una lágrima de risa—. Hacía tiempo que no nos reíamos así en esta casa. Bueno, llevamos aquí un día, pero ya me entiendes.

—Gracias al vino —dijo Elena, alzando su copa para inspeccionarla contra la luz de una vela. El líquido rubí brilló—. Por cierto, este vino es espectacular. ¿Es un *Sangiovese*, verdad?

—Buen paladar —asintió David—. Es una botella especial que guardábamos.

Elena dio un sorbo lento, cerrando los ojos para saborearlo.

—Tiene un retrogusto curioso —murmuró, como para sí misma, pero en el silencio de la sala su voz resonó clara—. Notas de cereza negra, cuero… y ese final terroso. Me recuerda muchísimo al vino de esa pequeña bodega en Montalcino. ¿Cómo se llamaba? *La Cantina del Sole*. Tienen un viñedo que crece sobre suelo volcánico antiguo, por eso sabe un poco a… ceniza dulce.

El aire salió de los pulmones de Laura de golpe.

El mundo se detuvo. El sonido de la lluvia desapareció. Solo quedó el zumbido en sus oídos.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Laura. Su voz fue apenas un susurro.

Elena abrió los ojos y la miró, inocente.

—¿Lo de la ceniza? Es una tontería de sumilleres, lo sé. Sueno pretenciosa.

—No —Laura soltó la copa sobre la mesa. El cristal tintineó peligrosamente—. Has dicho *La Cantina del Sole*.

David se rió, ajeno a la tensión que acababa de dispararse en el cuerpo de su mujer.

—¡Qué coincidencia! Laura y yo estuvimos allí en nuestra luna de miel. Es un sitio minúsculo. Nadie lo conoce.

—¿En serio? —Elena arqueó las cejas con sorpresa deleitada—. ¡El mundo es un pañuelo! Yo estuve hace tres años, haciendo un reportaje sobre la Toscana oculta. El dueño, un señor mayor con bigote, Giovanni, ¿sigue vivo?

—Sí… Giovanni —dijo David, sonriendo al recuerdo—. Nos dio a probar ese vino directamente de la barrica. Laura se emborrachó con dos copas.

David seguía hablando, contando la anécdota, pero Laura ya no escuchaba.

Estaba mirando a Elena.

La Cantina del Sole no salía en las guías turísticas. Estaba al final de un camino de tierra de cinco kilómetros. No tenía página web. Y lo más importante: Giovanni, el dueño, no hablaba de "ceniza dulce".

Esa frase, "sabe a ceniza dulce", no se la había dicho Giovanni. Se la había dicho David a Laura, en la intimidad de su habitación de hotel aquella noche, mientras se reían y se besaban con los labios manchados de vino morado. Era una broma privada. Una metáfora inventada por ellos porque se les había caído un poco de ceniza de un cigarro en la copa y se lo bebieron igual.

«Sabe a ceniza dulce, como nuestro amor prohibido», había bromeado David, melodramático.

Elena acababa de usar las mismas palabras exactas.

Laura sintió que la habitación giraba. ¿Era una coincidencia? ¿Podía ser una maldita coincidencia? "Ceniza" y "dulce" eran palabras comunes.

Pero la forma en que Elena la miraba ahora, por encima del borde de su copa… Sus ojos no sonreían. La boca sí, pero los ojos estaban fijos, fríos, desafiantes.

—¿Estás bien, Laura? —preguntó Elena suavemente—. Te has puesto pálida.

—Sí —intervino David, mirándola con el ceño fruncido—. Laura, estás temblando. ¿Te encuentras mal?

Laura miró a su marido. Quería gritarle: *«¡Ella sabe lo de la ceniza! ¡Es imposible que lo sepa!»*. Pero vio la expresión de David: impaciencia mezclada con lástima. Si decía algo ahora, parecería loca. Parecería la esposa celosa que se inventa conspiraciones porque una invitada conoce una bodega en Italia.

—Es el cansancio —mintió Laura. Se puso de pie con dificultad. Sus piernas parecían de algodón—. Y el vino. Creo que me ha sentado mal la pastilla con el alcohol.

—Deberías ir a la cama —dijo David inmediatamente. Demasiado rápido—. Yo me quedaré un rato más terminando la copa y acomodando a Elena en la habitación de invitados de abajo. No te preocupes por nada.

—Sí, Laura, descansa —añadió Elena. Su voz era seda pura—. Mañana será otro día. Y seguro que sale el sol.

Laura asintió mecánicamente.

—Buenas noches.

Subió las escaleras sintiendo la mirada de ambos clavada en su espalda. Cada escalón era una lucha contra el instinto de darse la vuelta y echarlos a los dos de la casa. Pero no podía. Estaba atrapada en una red de cortesía social y duda paralizante.

Entró en el dormitorio, cerró la puerta y se apoyó contra ella, respirando agitadamente en la oscuridad.

Se metió en la cama vestida, hecha un ovillo bajo el edredón nórdico. Cerró los ojos con fuerza, intentando bloquear la imagen de Elena sentada en su alfombra, bebiendo su vino, usando sus recuerdos.

El cansancio químico de la pastilla finalmente la arrastró hacia un sueño negro y sin sueños.

Laura abrió los ojos de golpe.

El silencio la despertó. La tormenta había amainado. Ya no había rugido de viento ni tamborileo de lluvia. La casa estaba sumida en una quietud absoluta, sepulcral.

Miró el reloj digital de la mesilla, pero seguía apagado. La oscuridad era total.

Giró la cabeza hacia el otro lado de la cama. Extendió la mano buscando el calor del cuerpo de David.

Sábanas frías.

Laura se incorporó, palpando la almohada vacía. El hueco de David estaba helado. Hacía tiempo que se había levantado. O quizás nunca se había acostado.

—¿David? —susurró a la oscuridad.

Nadie respondió.

Se deslizó fuera de la cama. El suelo estaba helado bajo sus pies. Caminó a tientas hacia la puerta del dormitorio, que había dejado cerrada. Ahora estaba entreabierta unos centímetros.

Laura contuvo la respiración y se asomó al pasillo. Desde la barandilla del piso superior, una tenue luz anaranjada subía desde la planta baja. Las velas. Todavía estaban encendidas.

Y entonces lo oyó.

No eran voces normales. No era una conversación.

Eran susurros.

El sonido reptaba escaleras arriba, amplificado por la acústica perfecta y vacía de la casa de cristal.

—...no puede saberlo todavía... —Era la voz de David. Baja, ronca, urgente.

Una pausa. El crujido de un sofá.

—...paciencia, cariño. Está a punto de romperse... —respondió una voz de mujer. Suave. Melódica. Escalofriante.

No sonaba como la Elena "humilde y divertida" de la cena. Sonaba dueña de la situación.

Laura se agarró al marco de la puerta, sintiendo que el suelo se abría bajo sus pies.

—...mañana empezamos la fase dos —dijo David.

Laura se tapó la boca con ambas manos para ahogar un sollozo de terror puro. El corazón le latía en la garganta, bombeando sangre caliente y pánico a cada rincón de su cuerpo.

Se inclinó un poco más, arriesgándolo todo para ver.

Abajo, en el salón, las sombras de dos figuras se proyectaban gigantescas contra la pared blanca, fusionadas en una sola masa oscura que se mecía lentamente a la luz de las velas moribundas.

CAPÍTULO 4: EL MECÁNICO FANTASMA

La luz de la mañana no trajo claridad; trajo una grisura plana y clínica que lo exponía todo.

Laura se despertó con la boca pastosa y un dolor sordo palpitando detrás de sus ojos, el residuo químico de la pastilla mezclada con el vino. Por un instante, solo un instante misericordioso, no recordó nada. Ni la tormenta, ni la mujer empapada, ni los susurros en la oscuridad.

Entonces giró la cabeza y vio a David abrochándose los botones de la camisa frente al espejo del armario. La realidad cayó sobre ella como una manta de plomo.

—David —su voz salió ronca, un graznido.

Él se giró. Su rostro estaba fresco, afeitado, insultantemente descansado.

—Buenos días, bella durmiente. —Sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos—. Iba a dejarte dormir un poco más. Tuviste una noche difícil.

Laura se sentó en la cama, ignorando el mareo que hizo oscilar la habitación.

—¿Dónde fuiste anoche? —preguntó, directa. No tenía energía para rodeos.

David se detuvo con las manos en el cinturón. Arqueó una ceja, esa expresión de paciencia ensayada que usaba cuando ella se ponía "histérica".

—¿Anoche? A ninguna parte, Lau. Estuve aquí.

—No. Me desperté. Tu lado de la cama estaba frío. Bajé al pasillo. Escuché… —Laura se detuvo. ¿Qué había escuchado exactamente? Las palabras "fase dos" y "paciencia" bailaban en su memoria, pero ahora, bajo la luz fría del día, parecían fragmentos de una pesadilla —. Escuché voces. Susurros. Estabais hablando en el salón.

David soltó un suspiro largo y se acercó a la cama. Se sentó en el borde y trató de tomarle la mano, pero Laura la retiró.

—Laura, cariño. Bajé a beber agua porque el embutido de la cena me dio sed. Eso es todo. Elena estaba durmiendo en la habitación de invitados. No hubo susurros. No hubo ninguna conspiración nocturna.

—Sé lo que oí, David.

—¿Lo sabes? —David bajó la voz, su tono impregnado de una lástima condescendiente—. Lau, te tomaste el Alprazolam con dos copas de vino tinto de alta graduación. Sabes que eso provoca alucinaciones auditivas. El doctor Evans te lo advirtió. Mezclar depresores con alcohol crea… distorsiones.

Laura se mordió el labio. La certeza de la noche anterior empezaba a agrietarse bajo la lógica aplastante de David. *Distorsiones*. Era una palabra aterradora.

—Pero parecían tan reales… —murmuró, más para sí misma que para él.

—Los sueños siempre parecen reales, cielo. —David le dio un beso rápido en la frente, un beso seco y paternal—. Venga, levántate. La luz ha vuelto, pero el Wi-Fi sigue caído. Voy a ver si puedo echar un cable con el coche de nuestra invitada. Cuanto antes lo arreglemos, antes volveremos a nuestra… normalidad.

David salió de la habitación silbando bajito. Laura se quedó mirando la puerta vacía, sintiendo una mezcla tóxica de alivio y vergüenza. *¿Y si tenía razón? ¿Y si me lo había imaginado todo?* La alternativa —que su marido estuviera conspirando con una desconocida en medio de la noche— era demasiado horrible para procesarla antes del café.

Cuando Laura bajó a la cocina veinte minutos después, duchada y vestida con unos vaqueros y un jersey grueso, se encontró con una escena doméstica que le revolvió el estómago.

La cocina, su cocina de diseño minimalista, olía a gloria. Olía a mantequilla dorada, a café recién molido y a beicon crujiente. Era un olor cálido, acogedor, el tipo de olor que uno espera en un anuncio de familias felices de domingo por la mañana.

El problema era que Laura no estaba cocinando.

Elena estaba frente a los fogones de la isla central. Llevaba puestos los mismos vaqueros de Laura de la noche anterior, pero los había lavado y secado de alguna forma mágica durante la noche, y ahora le quedaban como un guante. Llevaba una camisa blanca de David —le quedaba enorme, cayéndole por un hombro de forma "accidentalmente" sexy— y tenía el pelo recogido en un moño desenfadado que dejaba ver su cuello largo y elegante.

Tarareaba una canción mientras volteaba unas tortitas con una destreza de chef profesional.

—¡Buenos días! —exclamó Elena al ver a Laura. Su energía era brillante, casi cegadora—. Espero que no te importe. Me he tomado la libertad de invadir tu cocina. Es mi forma de pedir perdón por las molestias y dar las gracias por el sofá.

Laura se quedó parada en el umbral. *Esa es mi sartén. Esa es mi espátula. Esa es la camisa de mi marido.*

—No tenías por qué molestarte —dijo Laura, forzando una sonrisa tensa. Se sentía como una intrusa en su propia casa.

—¡Tonterías! Me encanta cocinar. Me relaja. —Elena sirvió una pila de tortitas esponjosas en un plato y lo deslizó sobre la encimera de mármol hacia Laura—. Siéntate. Tienes mala cara. Necesitas azúcar y cafeína.

En ese momento, la puerta trasera se abrió y entró David. Traía una ráfaga de aire frío y olor a humedad del exterior. Se sacudió las gotas de lluvia de la chaqueta.

—Malas noticias —anunció, aunque no parecía particularmente devastado—. El coche de Elena está muerto. No es la batería. Parece algo del alternador o la correa de distribución. No arranca ni a tiros.

Elena dejó la espátula con un gesto teatral de consternación.

—¡Oh, no! ¿En serio? Mi pobre "bestia" vieja… Sabía que no aguantaría este viaje.

—Y eso no es lo peor —continuó David, acercándose a la isla y robando un trozo de beicon del plato con los dedos—. He caminado hasta la entrada principal. Un roble centenario ha caído justo sobre el camino de acceso. Bloquea el paso completamente. Ni la grúa ni nadie puede entrar ni salir hasta que vengan los servicios forestales a cortarlo.

Laura sintió que las paredes de cristal de la cocina se cerraban sobre ella.

—¿Estamos atrapados? —preguntó, con un hilo de voz.

—Técnicamente, sí —dijo David, masticando el beicon con gusto—. He intentado llamar al ayuntamiento, pero las líneas están saturadas. Dicen que priorizan las carreteras principales. Podrían tardar… un par de días.

—¿Un par de días? —Laura notó que el pánico le subía por la garganta.

—Lo siento muchísimo —dijo Elena, mirándolos con ojos grandes y culpables—. Soy una carga. Debería coger mis cosas e irme caminando al pueblo.

—¡Ni hablar! —saltó David—. Son quince kilómetros bajo la lluvia y con barro hasta los tobillos. Te quedarás aquí. Tenemos comida, tenemos generador y, por lo que veo —señaló el desayuno—, tenemos una chef excelente.

David miró a Elena con una aprobación que a Laura le dolió más que una bofetada.

—Laura odia cocinar, ¿verdad, cariño? Siempre quema las tostadas. Esto es un lujo para nosotros.

Laura apretó los puños bajo la mesa. *No quemo las tostadas. Simplemente no me gusta.*

—Siéntate, David —dijo Laura, con voz gélida—. Las tortitas se enfrían.

El desayuno fue una tortura silenciosa para Laura. Las tortitas de Elena eran, para su desgracia, perfectas: ligeras, esponjosas, con el punto justo de vainilla. David devoró tres, gimiendo de placer con cada bocado, alabando las manos de Elena, preguntándole por su receta secreta. Elena respondía con modestia, restando importancia a su talento, pero lanzando miradas de complicidad a David.

Laura apenas pudo tragar dos bocados. Sentía que estaba comiendo ceniza.

Observaba a Elena. Observaba cómo se movía, cómo se reía tapándose la boca, cómo servía más café a David antes incluso de que él lo pidiera. Era como si Elena hubiera estudiado el manual de instrucciones de David: sabía exactamente cuándo hablar, cuándo callar y cuándo adularle.

Estaba reemplazándola. No de golpe, sino capa a capa, como quien pela una cebolla. Primero la atención, luego el espacio, ahora el rol de cuidadora.

—Voy a revisar el cuadro eléctrico del sótano —dijo David al terminar, limpiándose la boca con la servilleta—. Ha saltado un diferencial de la zona de la piscina.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció Elena rápidamente.

—No, no. Quédate aquí. Disfrutad de un rato de chicas. —David le guiñó un ojo a Elena (¿o fue a las dos?) y desapareció por el pasillo.

El silencio que siguió a su partida fue denso y pegajoso.

Elena se levantó y empezó a recoger los platos con una eficiencia militar.

—Deja eso —dijo Laura, poniéndose de pie—. Son mis platos. Yo los lavo.

—No seas tonta, tú descansa. Estás pálida. —Elena ya estaba en el fregadero, abriendo el grifo—. Además, me gusta sentirme útil. Odio ser una gorrana.

—Elena, por favor…

—Laura —Elena se giró. Tenía las manos llenas de espuma. Su sonrisa había desaparecido, reemplazada por una expresión de seriedad intensa—. Déjame hacerlo. Sé que esto es raro para ti. Una extraña en tu casa. Sé que estás… incómoda.

Laura la miró, sorprendida por la franqueza.

—Es una situación inusual —admitió Laura, cautelosa.

—Lo es. Pero te prometo que en cuanto despejen la carretera, desapareceré de vuestras vidas. Mientras tanto, solo quiero que estemos bien. ¿Tregua?

Elena levantó una mano jabonosa en señal de paz. Había algo en su tono, una sinceridad aparente que hizo dudar a Laura de nuevo. Quizás David tenía razón. Quizás era su ansiedad la que pintaba demonios donde solo había personas amables.

—Tregua —mintió Laura.

—Genial. —Elena sonrió, radiante de nuevo—. Voy al baño un segundo antes de fregar. ¿Está en el pasillo, verdad?

—La primera puerta a la derecha.

Elena se secó las manos en un trapo y salió de la cocina, sus pasos ligeros resonando en el pasillo.

Laura se quedó sola en la cocina. El olor a vainilla y beicon ahora le parecía empalagoso, casi nauseabundo.

Suspiró y se apoyó en la isla de mármol, frotándose las sienes. Necesitaba otra pastilla, pero se había prometido no tomarla hasta la noche. Necesitaba estar lúcida.

Sus ojos bajaron a la superficie de la encimera.

Allí, junto al frutero de diseño, estaba el teléfono móvil de Elena.

Era un modelo moderno, con una funda negra desgastada.

Laura miró hacia el pasillo. Silencio. David estaba en el sótano. Elena en el baño.

«No lo hagas», le dijo su conciencia. *«Es invasión de la privacidad. Es de locos».*

«Hazlo», le gritó su instinto. *«Ella sabe lo de la bodega. Ella susurró anoche. Ella lleva la camisa de tu marido».*

Laura extendió la mano. Sus dedos temblaban ligeramente.

Tocó la pantalla.

Se iluminó.

Laura contuvo el aliento. Esperaba ver un candado, un código, un patrón de bloqueo.

Pero no. El candado estaba abierto. *Deslizar para desbloquear.*

El corazón le martilleó contra las costillas como un pájaro atrapado. Tenía una oportunidad. Una ventana de diez, quizá quince segundos. Podía ver sus mensajes. Sus últimas llamadas. Podía ver si tenía fotos de David. Podía saber quién era realmente esta "Elena" fotógrafa de paisajes que casualmente conocía cada detalle de su vida.

Laura miró hacia el pasillo una vez más. Vacío.

Deslizó el dedo por la pantalla.

El menú principal se abrió. Fondo de pantalla: un paisaje de bosque, oscuro y neblinoso. Parecía el bosque que rodeaba Blackwood House.

Su dedo se cernió sobre el icono verde de WhatsApp. Si entraba ahí, no había vuelta atrás. Si veía un chat con David, su matrimonio se acababa. Si no lo veía… sería la confirmación de su propia locura.

Estaba a punto de tocar el icono. A un milímetro.

—¿Buscas algo, Laura?

La voz sonó justo detrás de su oreja izquierda.

Laura dio un salto violento, soltando el aire en un grito ahogado. El móvil se le resbaló de los dedos, pero no cayó; una mano rápida y pálida lo interceptó en el aire antes de que tocara el mármol.

Laura se giró, con el corazón a punto de estallar.

Elena estaba allí. Justo detrás de ella.

No había hecho ningún ruido. Ni el crujido de las zapatillas, ni el roce de la ropa, ni la respiración. Se había materializado como un fantasma.

Elena sostenía el teléfono con delicadeza. Su rostro estaba inexpresivo, una máscara de porcelana fría. Sus ojos oscuros no parpadeaban. Ya no había rastro de la chica dulce que hacía tortitas.

—Yo… —Laura balbuceó, retrocediendo hasta chocar con la nevera. Se sentía atrapada, una niña pillada robando dulces—. Estaba… sonó. Creí que sonaba una alarma. Quería apagarla para que no molestara.

Era una mentira patética. Ambas lo sabían.

Elena inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado, como un pájaro observando a un gusano. Una sonrisa lenta y carente de humor se dibujó en sus labios.

—Qué raro —dijo Elena, su voz suave, casi un susurro—. Lo tengo en silencio.

Dio un paso hacia Laura, invadiendo su espacio vital. Laura olió su perfume: sándalo y algo más… algo metálico.

—Sabes, Laura —continuó Elena, bajando la voz hasta que solo fue un soplo íntimo entre las dos—, la curiosidad mató al gato. Deberías tener más cuidado con lo que tocas. Algunas cosas… muerden.

En sus ojos, por una fracción de segundo, Laura vio un abismo. No era enfado. Era algo mucho peor. Era disfrute.

Antes de que Laura pudiera responder, se oyó el ruido de las botas de David subiendo las escaleras del sótano.

La máscara de Elena cambió instantáneamente. La frialdad se evaporó y la sonrisa dulce regresó como si nunca se hubiera ido.

—¡Ah, ahí está David! —dijo Elena con tono alegre, guardándose el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros—. ¿Te apetece fregar juntas ahora?

CAPÍTULO 5: LA INVASIÓN SUTIL

El sonido no era fuerte, pero era constante. *Clac. Rras. Zas.*

Laura estaba sentada en el sofá del salón, con un libro abierto en el regazo que no había leído ni una línea en veinte minutos. Sus ojos estaban fijos en el vacío, pero sus oídos estaban sintonizados con una precisión dolorosa hacia la cocina.

Elena estaba allí.

Desde el incidente del teléfono, la dinámica había cambiado, o al menos eso sentía Laura. Elena ya no era la invitada agradecida; se movía con una autoridad silenciosa, una dueña en funciones.

Laura cerró el libro de golpe. El sonido seco apenas compitió con el ruido de porcelana chocando que venía de la cocina. Se levantó, sintiendo esa inquietud eléctrica en las piernas que le pedía huir,

aunque no tenía adónde ir. La carretera seguía bloqueada por el roble caído. El bosque seguía húmedo e intransitable. Blackwood House era una jaula de lujo, y su compañera de celda estaba redecorando.

Caminó hacia la cocina.

Lo que vio la dejó paralizada en el umbral.

La encimera de la isla, que solía ser un caos de correos sin abrir, llaves, frascos de vitaminas y posavasos, estaba despejada. Brillaba con una limpieza quirúrgica. Pero eso no fue lo peor.

Todos los armarios estaban abiertos.

Elena estaba subida a un taburete, alcanzando el estante más alto de la despensa. Había sacado todos los botes de especias, las cajas de pasta, los paquetes de arroz y las latas de conserva, y los había alineado sobre la mesa del comedor como un ejército de alimentos esperando revista.

—¿Qué… qué estás haciendo? —preguntó Laura. Su voz salió temblorosa, una mezcla de incredulidad e indignación.

Elena se giró sobre el taburete. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta que oscilaba con cada movimiento. Sonrió, y no había ni rastro de la amenaza gélida que Laura había visto hacía una hora. Solo había eficiencia y entusiasmo.

—¡Hola! —dijo alegremente—. Espero que no te importe. Estaba buscando té y me he dado cuenta de que la organización de esta despensa no tenía mucho sentido lógico. Las especias estaban encima del horno, lo cual es fatal porque el calor mata el aroma, y las legumbres estaban mezcladas con los productos de limpieza. Un peligro.

Laura sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas. Ella había colocado esas cosas. Lo había hecho deprisa durante la mudanza, sí, pero era *su* orden. Su desorden.

—Elena, no tenías que molestarte. Ya lo iba a ordenar yo cuando tuviera tiempo.

—Oh, no es molestia. Me encanta el orden. —Elena bajó del taburete con un salto ligero y grácil. Empezó a coger los botes de especias y a colocarlos en un cajón lateral que Laura solía usar para los paños de cocina—. Mi madre decía que una cocina ordenada es una mente ordenada. Además, así David encontrará las cosas más fácil cuando quiera cocinar algo rápido.

David. Otra vez David.

—Por favor, deja eso —dijo Laura, dando un paso adelante. Extendió la mano para coger un bote de orégano que Elena sostenía—. Conozco mi cocina. Sé dónde están mis cosas. Si lo cambias todo, no encontraré nada.

Elena no soltó el bote inmediatamente. Hubo un segundo de resistencia, un breve tira y afloja en el que sus dedos rozaron los de Laura. La piel de Elena estaba fría.

—Solo intento ayudar, Laura —dijo, soltando el bote finalmente. Su tono bajó, adoptando esa nota de víctima incomprendida—. Pareces muy estresada con todo esto de la tormenta. Pensé que quitarte una tarea de encima te vendría bien.

En ese momento, David entró por la puerta del garaje. Llevaba una caja de herramientas en la mano y una mancha de grasa en la mejilla.

Se detuvo en seco, mirando la escena. Miró la encimera despejada, los armarios reorganizados, la luz entrando y rebotando en las superficies limpias.

—Guau —exclamó. Dejó la caja en el suelo y silbó—. ¿Qué ha pasado aquí? Parece una cocina de revista.

—Elena ha decidido reorganizarlo todo sin preguntar —dijo Laura rápidamente, buscando la validación de su marido. Buscando que él dijera: *«Es verdad, es nuestra casa, no debiste tocar nada»*.

Pero David entró en la cocina con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues menos mal que lo ha hecho —dijo, abriendo uno de los cajones recién organizados—. Mira esto, Lau. Las especias por orden alfabético. Y las etiquetas mirando hacia arriba. —David miró a Elena con admiración genuina—. Es increíble. Llevo tres días buscando la maldita pimienta de Cayena y tú la has encontrado en cinco minutos.

—Estaba detrás de las bolsas de basura —dijo Elena con una risita modesta—. Un escondite muy creativo.

David soltó una carcajada.

—¿Lo ves, Laura? —David se giró hacia su mujer. Su sonrisa se desvaneció un poco al ver la cara de ella—. No te lo tomes a mal, cariño, pero el orden no es tu fuerte. Siempre dejas las cosas donde caen. Es un caos. Elena solo ha puesto un poco de lógica en el sistema. Deberías darle las gracias en vez de poner esa cara de funeral.

Laura sintió como si el suelo se inclinara. No era solo que Elena estuviera cambiando las cosas de sitio; era que David estaba reescribiendo la realidad. Laura no era desordenada. Era meticulosa en su trabajo, era organizada en sus finanzas. El caos de la mudanza era circunstancial. Pero ahora, bajo la luz clínica de la eficiencia de Elena, Laura parecía incompetente. Defectuosa.

—No le he pedido que lo haga —murmuró Laura, sintiendo las lágrimas de impotencia picando en sus ojos. Odiaba llorar delante de David. Odiaba parecer débil.

—Venga, no seas infantil —David suspiró, irritado por su falta de gratitud—. Gracias, Elena. De verdad. Has hecho magia.

—No es nada, David. —Elena le tocó el brazo a David, un toque ligero y fugaz—. Me gusta que las cosas fluyan. Cuando la energía de la casa está estancada, las relaciones también se estancan.

Laura retrocedió un paso. Sentía que le faltaba el aire. La cocina, antes su territorio, ahora le resultaba hostil. Las superficies brillantes

reflejaban a una extraña.

—Voy a… voy a subir un momento —dijo Laura. Nadie le prestó atención.

David ya estaba preguntándole a Elena dónde había puesto el café de grano, y ella se lo explicaba con la paciencia de una maestra enseñando a un alumno predilecto.

Laura salió de la cocina y subió las escaleras casi corriendo.

Necesitaba alejarse. Necesitaba recuperar el control de algo, aunque fuera pequeño.

Entró en el dormitorio principal y cerró la puerta. El silencio del piso de arriba era un alivio, pero también una condena. Se sentía sola. Absolutamente sola en una casa que compartía con su marido.

Se abrazó a sí misma. El frío de la casa de hormigón parecía haberse metido en sus huesos. El sistema de calefacción funcionaba a medio gas con el generador y la temperatura había bajado.

Necesitaba calor. Necesitaba consuelo.

Pensó en su cárdigan de cachemir beige. Era su prenda favorita, una chaqueta larga, suave y envolvente que se había comprado con su primer bono importante en el trabajo. Era su armadura. Cuando se lo ponía, se sentía segura, abrazada. Lo había dejado doblado sobre la butaca del vestidor la noche anterior, antes de que todo este infierno empezara.

Fue hacia el vestidor.

La butaca estaba vacía.

Laura frunció el ceño. Buscó en el suelo, pensando que se habría caído. Nada.

Revisó las estanterías, los cajones, removió la ropa colgada con frenesí creciente.

—Sé que lo dejé aquí —murmuró. Su corazón empezó a acelerarse. ¿Estaba perdiendo la memoria? ¿Era el estrés? ¿Las pastillas?—.

¡Estaba aquí!

Revisó el baño. Debajo de la cama. En el cesto de la ropa sucia.

El cárdigan no estaba.

Una sensación de paranoia gélida le recorrió la espalda. No era solo un objeto perdido. Era una violación. Alguien había entrado en su habitación. Alguien había tocado sus cosas.

Laura salió del dormitorio impulsada por una furia repentina que superó a su miedo. Bajó las escaleras con paso firme, decidida a confrontar a David, a decirle que esto se había acabado, que le importaba una mierda el árbol caído, que se iban a ir andando si hacía falta.

Llegó a la planta baja. Las voces venían del salón ahora.

—...te queda mucho mejor que el color oscuro. Te ilumina la cara — estaba diciendo David. Su voz era suave, casi un ronroneo.

Laura giró la esquina hacia el salón y se quedó de piedra.

David y Elena estaban sentados en el sofá, uno al lado del otro, mirando algo en una tablet. Estaban cerca. Demasiado cerca.

Pero Laura no miró a David. Miró a Elena.

Elena estaba recostada contra los cojines, con una copa de vino en la mano y las piernas subidas al sofá con una confianza insultante.

Y llevaba puesto el cárdigan beige.

El cárdigan de cachemir de Laura.

Le quedaba un poco grande, cayendo sobre sus hombros de una forma delicada y vulnerable que a Laura nunca le había salido. Elena se había subido las mangas largas hasta cubrirse la mitad de las manos, agarrando la copa a través de la lana, como una niña buscando calor.

Laura sintió un zumbido en los oídos. Era el sonido de su propia cordura resquebrajándose.

—Ese… —Laura señaló con un dedo tembloroso—. Ese es mi suéter.

David y Elena levantaron la vista al mismo tiempo. La sincronización fue perfecta, coreográfica.

Elena miró su propia ropa con sorpresa fingida, acariciando la suave lana con la yema de los dedos.

—¿Oh, este? —dijo Elena con una inocencia que rozaba lo obsceno —. Lo siento muchísimo, Laura. Tenía un frío terrible después de estar en la cocina. El suelo de piedra es helado.

—¿Por qué tienes mi ropa? —insistió Laura. Su voz subió de tono, al borde del grito—. ¿Entraste en mi habitación?

—Laura, baja la voz —intervino David, poniéndose de pie. Su tono era de advertencia—. No montes un numerito. Yo se lo di.

Laura miró a su marido, atónita.

—¿Tú… tú entraste en mi vestidor y le diste mi ropa favorita?

—Estaba temblando, Laura. No parabas de quejarte de que no encontrabas tu ropa vieja, así que subí y cogí lo primero que vi que fuera abrigado —mintió David. Laura sabía que mentía. El cárdigan no estaba a la vista; estaba doblado en la butaca. David no distinguía el cachemir del poliéster, nunca "cogía lo primero". Lo había elegido. O peor, ella se lo había pedido—. Es solo un suéter. No seas egoísta.

—No soy egoísta —dijo Laura, sintiendo las lágrimas calientes desbordándose por fin—. Es mío. Son mis cosas. ¡Esta es mi casa!

—Claro que es tu casa —dijo Elena. Se levantó despacio, con movimientos fluidos. Se abrazó el cárdigan al cuerpo, cerrándolo sobre su pecho, como si la tela fuera piel propia—. Si quieres me lo quito ahora mismo. No quiero causar problemas entre vosotros.

Hizo ademán de empezar a bajarlo por los hombros, revelando la piel desnuda de su clavícula y la camiseta de tirantes fina que llevaba debajo. El gesto fue provocador y recatado a la vez.

—No, no te lo quites —dijo David rápidamente, deteniéndola con una mano sobre su hombro cubierto de lana—. No hace falta. Laura está cansada. Está… sensible. ¿Verdad, Laura?

David miró a su mujer. Sus ojos eran duros, dos piedras de pedernal. La mirada decía: *«Si la haces desvestirse, eres un monstruo. Si sigues gritando, estás loca»*.

Laura miró el cárdigan. Olía a su perfume, a sus recuerdos. Ahora estaba contaminado. Elena lo habitaba como un cangrejo ermitaño que ha matado al dueño de la concha para quedársela.

—Quédatelo —escupió Laura. La palabra le supo a hiel—. De todas formas, ya no lo quiero.

Se dio la vuelta antes de que pudieran ver cómo se desmoronaba su cara.

—Gracias, Laura —dijo Elena a su espalda. Su voz sonó dulce, pegajosa como melaza envenenada—. David tenía razón. Dijo que no te importaría compartir. Dijo que tú ya tienes demasiadas cosas y que no te das cuenta de lo afortunada que eres.

Laura se detuvo un segundo, con la mano en el marco de la puerta. *«David dijo que tú ya tienes demasiadas cosas».*

No se refería a la ropa.

Laura entendió, con una claridad terrorífica, que Elena no solo estaba probándose su ropa. Se estaba probando su vida. Y a David le gustaba cómo le quedaba.

CAPÍTULO 6: RECUERDOS PRESTADOS

El fuego crepitaba en la chimenea de gas, un sonido artificial y constante que contrastaba con el caos orgánico de la lluvia golpeando los cristales. Era la tercera tarde de encierro. El roble seguía bloqueando el camino, el mundo exterior seguía siendo una

mancha gris y borrosa, y dentro de Blackwood House, el tiempo se había vuelto viscoso, estirándose y contrayéndose de formas extrañas.

Laura estaba sentada en el sillón individual, con las rodillas apretadas contra el pecho, observando. Se sentía como una espectadora en una obra de teatro donde los actores principales habían olvidado que ella estaba en el escenario.

David y Elena estaban sentados en la alfombra de piel sintética, cerca del fuego. Jugaban a las cartas. Un juego simple, Rummy, pero lo jugaban con una intensidad que cargaba el aire de electricidad estática. Elena llevaba el cárdigan de Laura. Llevaba tres días usándolo, y la prenda ya había empezado a perder la forma de Laura para adaptarse a los hombros más estrechos y angulosos de Elena.

—¡Rummy! —exclamó Elena, dejando caer sus cartas con un golpe triunfal sobre la alfombra. Se echó hacia atrás, riendo, y su garganta blanca quedó expuesta a la luz de las llamas—. Te he vuelto a ganar, David. Me debes otra.

David gruñó, pero sonreía. Era una sonrisa relajada, juvenil, una que Laura no había visto en años. Con Laura, David siempre estaba tenso, siempre gestionando, siempre "cuidando". Con Elena, simplemente *era*.

—Haces trampas —dijo David, recogiendo las cartas—. Tienes que hacer trampas. Nadie tiene tanta suerte.

—No es suerte, es instinto —respondió Elena. Se giró hacia Laura, incluyéndola en la conversación por primera vez en una hora con una generosidad fingida—. Laura, ¿tú jugabas a esto de pequeña? David dice que eres muy competitiva, pero que no sabes perder.

Laura sintió un pinchazo de irritación. *David dice*. David le estaba contando su vida a esta mujer, diseccionándola en trozos pequeños y digeribles para entretener a su invitada.

—Jugaba con mi padre —dijo Laura, seca—. Pero prefiero el ajedrez. Menos azar, más estrategia.

—El ajedrez es muy cerebral —dijo Elena, sirviéndose más vino. La botella estaba casi vacía—. Yo soy más de emociones viscerales. De recuerdos. De hecho… —Elena bajó la mirada hacia el fuego, y su expresión cambió. La alegría superficial se evaporó, reemplazada por una melancolía repentina y profunda. Era una actriz consumada, pensó Laura. O una mujer muy rota—. El fuego me recuerda a la casa del lago. A los veranos en el norte.

—¿Tenías una casa en el lago? —preguntó David, interesado. Dejó de barajar.

—No era nuestra. La alquilábamos. —Elena suspiró, abrazándose las rodillas. Su voz bajó, volviéndose hipnótica, arrastrando las vocales —. Había un lago oscuro, de aguas negras, rodeado de pinos. El agua siempre estaba helada, incluso en agosto. Mi madre me prohibía nadar sola, pero yo era… rebelde.

Laura sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral. No por el frío, sino por una sensación de *déjà vu* inquietante.

—Tenía siete años —continuó Elena. Miraba las llamas como si viera fantasmas en ellas—. Un día me escapé mientras mis padres dormían la siesta. Me llevé mi flotador. Era ridículo, un pato amarillo gigante con el pico naranja. Me metí en el agua. Al principio estaba bien, pero luego… la corriente. Había una corriente subterránea en el centro del lago.

Laura dejó de respirar.

Un pato amarillo. Siete años. La corriente.

—El pato se me escapó —susurró Elena, y sus ojos se llenaron de lágrimas que brillaban a la luz del fuego—. Intenté alcanzarlo. Nadé y nadé, pero mis brazos eran demasiado cortos. Y de repente, el fondo desapareció. El agua se volvió negra. Sentí que algo me agarraba el tobillo. Algas. Eran como dedos largos y viscosos tirando de mí hacia abajo.

Laura apretó los reposabrazos del sillón con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. El zumbido en sus oídos regresó, ensordecedor.

—Tragué agua —seguía contando Elena, con la voz quebrada—. Sabía a barro y a metal. Y recuerdo… recuerdo mirar hacia arriba, hacia la superficie, y ver el sol distorsionado por el agua. Parecía un ojo gigante mirándome morir. Y vi una libélula. Una libélula azul eléctrico posada en un junco, justo encima de mí. Tan quieta. Tan indiferente.

—¡Basta!

El grito de Laura rasgó el aire como un cristal roto.

David y Elena saltaron. Elena se llevó una mano al pecho, asustada.

Laura se puso de pie, temblando de pies a cabeza. Sentía que el suelo se movía bajo sus pies, como si estuviera de nuevo en el agua, hundiéndose.

—¿Laura? —David se levantó rápido, con el ceño fruncido—. ¿Qué te pasa?

—¡Basta! —repitió Laura, señalando a Elena con un dedo acusador —. ¡Cállate! ¡Deja de hacer eso!

—Laura, por Dios, ¿qué te ocurre? —David intentó acercarse, pero ella retrocedió.

—Esa historia —jadeó Laura, mirando a Elena con horror puro—. Esa no es tu historia. ¡Es la mía!

Un silencio espeso cayó sobre la sala. Solo se oía el crepitar del fuego y la respiración agitada de Laura.

Elena la miró con los ojos muy abiertos, llenos de confusión.

—¿Qué? —preguntó Elena suavemente—. ¿De qué hablas, Laura?

—¡El lago! ¡El pato amarillo! ¡Las algas en el tobillo! —Laura gritó, sintiendo que la histeria le subía por la garganta—. ¡Y la libélula azul! ¡Yo vi esa libélula! ¡Te lo conté a ti, David! ¡Te lo conté la noche

que nos conocimos, cuando te enseñé la cicatriz en mi pie donde me corté con la roca al salir!

Se giró hacia su marido, buscando apoyo, buscando validación.

—Dile, David. Dile que esa historia es mía. Dile que yo casi me ahogo en el Lago de Sanabria cuando tenía siete años. ¡Díselo!

David no habló de inmediato. Miró a Laura. Luego miró a Elena. Y luego volvió a mirar a Laura. Su expresión no era de apoyo. Era de una paciencia infinita y cansada. Era la cara de un médico mirando a un paciente terminal que delira.

—Laura… —dijo David, con voz suave y controlada—. Laura, cielo, escúchame. Nunca me has contado esa historia.

El mundo de Laura se detuvo.

—¿Qué? —susurró.

—Nunca me has hablado de un lago, ni de un pato, ni de ninguna libélula —insistió David, dando un paso cauteloso hacia ella, como si fuera un animal peligroso—. Me dijiste que le tenías miedo al agua porque tu padre te tiró a una piscina de pequeña para que aprendieras. Eso es todo.

—¡Mientes! —Laura sintió que las lágrimas brotaban, calientes y furiosas—. ¡Lo sabes! ¡Incluso escribí sobre eso en mi diario! ¡Es mi recuerdo más traumático!

David suspiró y negó con la cabeza tristemente.

—Laura, estás confundida. Estás mezclando cosas. Has estado leyendo mucho sobre traumas infantiles últimamente, ¿recuerdas? Los libros que compraste. Quizás leíste algo similar y… lo has interiorizado.

—¡No lo he leído! ¡Lo viví! —Laura se giró hacia Elena—. ¡Tú! ¿Cómo sabes eso? ¿Has leído mi diario? ¿Has estado rebuscando en mis cosas?

Elena se encogió en el suelo, pareciendo pequeña y vulnerable. Miró a David con ojos suplicantes.

—David, yo… te juro que es verdad. Tengo la marca en el pulmón de la neumonía que cogí después. Mi madre todavía tiene el recorte del periódico local. —Elena miró a Laura, y entonces ocurrió. Su expresión cambió.

No había miedo en su cara. Había lástima.

Una lástima profunda, condescendiente y devastadora.

—Oh, Laura… —dijo Elena, con una dulzura que cortaba como una cuchilla—. Lo siento tanto. No sabía que… no sabía que tu mente estaba tan frágil. A veces, cuando deseamos conectar con alguien, nuestra mente se apropia de sus vivencias. Es un mecanismo de defensa psicológico. Se llama confabulación empática.

—¿Confabulación? —Laura sintió náuseas—. ¡Me estás robando la vida! ¡Estás usando mi ropa, estás cocinando en mi cocina, estás coqueteando con mi marido y ahora me robas mis recuerdos!

—¡Laura, ya es suficiente! —La voz de David tronó en la sala, autoritaria y final.

Agarró a Laura por los hombros y la sacudió ligeramente.

—Mírate. Estás histérica. Estás temblando, tienes las pupilas dilatadas. —David la miró fijamente a los ojos—. ¿Te tomaste la pastilla de esta tarde?

—No necesito la pastilla, necesito que me creas —sollozó ella.

—Te la saltaste, ¿verdad? —David asintió, como confirmando un diagnóstico—. Lo sabía. El doctor Evans dijo que la retirada brusca causa paranoia, despersonalización y alucinaciones vividas. Laura, estás teniendo un brote. Elena acaba de contar una historia suya, y tu cerebro, privado de la medicación, ha intentado apropiársela para llenar los vacíos.

—No… no es verdad… —Pero la certeza de David era un muro de hormigón. Y la mirada de Elena… esa mirada de "pobrecita loca" estaba empezando a filtrarse en la propia mente de Laura. ¿Y si era verdad? ¿Y si la libélula nunca existió? ¿Y si lo había soñado?

La duda era un veneno frío que se extendía por sus venas más rápido que el miedo.

—Ven —dijo David, rodeándola con un brazo. Su toque era firme, carcelario—. Vamos arriba. Necesitas tu dosis. Necesitas dormir. Elena, perdona todo esto. Ella no es así. Es la enfermedad.

—Lo entiendo, David. No te preocupes por mí —dijo Elena desde el suelo. Se limpió una lágrima falsa—. Cuídala. Pobre mujer. Debe ser terrible no saber quién eres.

Laura se dejó arrastrar hacia las escaleras. Sus piernas no le respondían. Sentía el peso de la mirada de Elena clavada en su nuca, marcándola, borrándola.

Subieron en silencio. David la llevó al baño del dormitorio principal. Encendió la luz blanca y brillante, que hizo que Laura entrecerrara los ojos. Abrió el botiquín y sacó el frasco naranja.

—Toma —dijo, sacando dos pastillas—. Tómate dos. Necesitas bajar esa ansiedad antes de que te hagas daño.

Laura miró las pastillas blancas en la palma de la mano de David. Eran pequeñas, redondas, inocentes.

—David… yo recuerdo el agua. Recuerdo el frío —susurró ella, una última súplica.

—Bébete el agua, Laura —dijo él, poniéndole un vaso en la mano y las pastillas en la otra—. Hazlo por mí. Mañana lo verás todo claro.

Laura se metió las pastillas en la boca. David la observó, esperando a ver el movimiento de deglución. Laura bebió un sorbo de agua y tragó.

—Bien —dijo David. Le besó la sien—. Voy a bajar a disculparme con Elena y a limpiar el desastre. Tú métete en la cama y no salgas. Quédate ahí hasta que se te pase el efecto rebote.

David salió del baño y cerró la puerta. Laura oyó sus pasos alejándose, bajando las escaleras, volviendo con ella.

Laura se quedó inmóvil frente al espejo. Vio su reflejo: pálida, ojerosa, con el pelo revuelto. Parecía loca. Realmente parecía loca.

Pero entonces, bajó la vista hacia su mano izquierda. La tenía cerrada en un puño apretado.

Abrió la mano lentamente.

En la palma húmeda y sudorosa, descansaban las dos pastillas blancas.

No se las había tragado. Las había escondido debajo de la lengua, un truco que había visto en una película, un acto desesperado de rebelión.

Miró las pastillas.

«Confabulación empática». «Paranoia». «Efecto rebote».

Las palabras de David y Elena resonaban en su cabeza. Todo encajaba demasiado bien. Si ella estaba loca, ellos eran santos. Pero si ella no estaba loca… entonces estaba en peligro mortal.

Y para saberlo, necesitaba una cosa que llevaba meses sin tener: claridad.

Esas pastillas no la curaban. La nublaban. Le ponían un velo sobre los ojos que hacía que los días pasaran borrosos y que su voluntad fuera maleable como la arcilla. David quería que las tomara. Insistía en ello con una obsesión que ahora le parecía sospechosa. *«La regularidad es clave»,* decía él. *«Hazlo por mí».*

Laura se giró hacia el inodoro. Levantó la tapa.

Con dedos temblorosos, dejó caer las dos pastillas al agua.

No fue suficiente.

Abrió el botiquín de un tirón. Cogió el frasco naranja. Todavía estaba medio lleno.

Miró la etiqueta: *Alprazolam 0.5mg. Tomar según indicación. Dr. Evans.*

—A la mierda el doctor Evans —susurró Laura. Su voz sonó ronca, pero por primera vez en días, sonó suya.

Volcó el frasco entero sobre la taza. Las pastillas cayeron como una lluvia de granizo blanco, golpeando la porcelana y hundiéndose en el agua.

Apretó el botón de la cisterna.

El agua rugió, formó un remolino y se tragó la química. Se tragó la obediencia.

Laura se quedó mirando el agua limpia y vacía mientras el tanque se volvía a llenar.

Se agarró al borde del lavabo y miró su reflejo de nuevo. Seguía pareciendo asustada, seguía pareciendo frágil, pero en sus ojos había algo nuevo. Una chispa dura y fría.

Si querían jugar con su mente, bien. Pero a partir de ahora, ella jugaría despierta.

Apagó la luz del baño y salió al dormitorio en penumbra, moviéndose con un sigilo nuevo. Se acercó a la puerta y pegó la oreja a la madera.

Desde abajo, subió el sonido de una risa. Era la risa de David. Y luego la de Elena. No sonaban preocupados por la "pobre mujer loca" de arriba. Sonaban como cómplices celebrando una victoria.

Laura apretó los dientes. La tormenta fuera estaba amainando, pero la de dentro acababa de empezar.

CAPÍTULO 7: EL ACCIDENTE

El mundo tenía bordes afilados de nuevo.

Laura se despertó antes del amanecer. No hubo la habitual neblina algodonosa del Alprazolam, ni la pesadez en las extremidades que solía arrastrar hasta el mediodía. En su lugar, sentía una vibración eléctrica bajo la piel. Era adrenalina pura, sin diluir. Sus manos temblaban ligeramente, no por debilidad, sino por una energía cinética contenida que necesitaba salir.

Se levantó de la cama con movimientos precisos. David dormía a su lado, respirando con esa cadencia profunda y tranquila de los inocentes o de los psicópatas. Laura lo miró un segundo, sintiendo una repulsión nueva, fría y dura como el hielo. Ya no veía al hombre al que amaba desesperadamente; veía a un extraño que le daba pastillas para borrarla.

Se vistió en silencio. Vaqueros, botas de montaña, una chaqueta impermeable. No buscó su cárdigan beige; sabía dónde estaba y no pensaba reclamar esa piel contaminada.

Bajó las escaleras. La casa estaba en silencio, sumergida en esa luz azulada previa al amanecer. Fue directa a la cocina, cogió las llaves de su SUV del cuenco de la entrada y salió al garaje.

El aire frío del garaje le golpeó la cara, limpiándole los pulmones. Se agachó y revisó los bajos de su coche. No sabía mucho de mecánica, pero buscaba algo obvio: un charco de aceite, un cable cortado. Nada. Todo parecía normal.

Arrancó el motor. El rugido del motor diésel resonó contra las paredes de hormigón.

—Hoy se acaba esto —dijo en voz alta. Su voz sonó firme.

Entró en la casa de nuevo, dejando el coche en marcha. El ruido del motor vibraba a través de las paredes.

Subió las escaleras de dos en dos y abrió la puerta de la habitación de invitados sin llamar.

Elena estaba durmiendo. O fingía hacerlo. Estaba ovillada en la cama, con el pelo oscuro esparcido sobre la almohada blanca como un derramamiento de tinta.

—Levántate —ordenó Laura.

Elena abrió un ojo. No pareció sorprendida, ni somnolienta. Su mirada fue clara al instante.

—¿Laura? —Se sentó despacio, frotándose los ojos—. ¿Qué hora es? ¿Qué es ese ruido?

—Es mi coche. Nos vamos. Vístete.

Elena frunció el ceño, una expresión de preocupación ensayada.

—¿Irnos? ¿A dónde? David dijo que la carretera sigue bloqueada.

—David dice muchas cosas —espetó Laura, abriendo el armario y sacando la pequeña bolsa de viaje de Elena. Empezó a meter la ropa de la chica dentro sin miramientos. Encontró su cárdigan beige en una silla y, con un gesto de asco, lo tiró al suelo en lugar de guardarlo—. He comprobado el parte meteorológico. Los servicios forestales trabajaron anoche. Hay un carril abierto. Te llevo al pueblo. A la estación de tren, a un hotel, me da igual. Pero te vas de mi casa.

—Laura, estás muy alterada —Elena se levantó, llevando un camisón de seda que Laura no recordaba haberle prestado—. ¿Te has tomado la medicación? Tus ojos…

—Mis ojos están abiertos, Elena. Por primera vez en meses. —Laura cerró la cremallera de la bolsa con violencia—. Tienes dos minutos. Si no bajas, te arrastraré yo misma.

Laura se dio la media vuelta y salió al pasillo. Se cruzó con David, que salía del dormitorio principal en pijama, con el pelo revuelto y cara de confusión.

—¿Qué demonios pasa, Laura? ¿Por qué está el coche en marcha? Vas a intoxicarnos con el monóxido.

—Llevo a Elena al pueblo —dijo Laura, pasando por su lado sin detenerse.

David la agarró del brazo. Su agarre fue fuerte, doloroso.

—No vas a ninguna parte. Estás en pleno síndrome de abstinencia, te tiemblan las manos. No estás en condiciones de conducir.

—Suéltame, David —siseó ella, mirándole a los ojos con una furia que lo hizo retroceder un milímetro—. O me dejas llevarla, o llamo a la policía ahora mismo y les cuento que tengo a una intrusa en casa que se niega a irse y a un marido que me está drogando. A ver a quién creen.

David la soltó. La miró con una expresión indescifrable. No era miedo. Era cálculo. Evaluó la situación en un segundo: Laura estaba al límite, una bomba de relojería.

—Está bien —dijo David, alzando las manos—. Si tanto quieres que se vaya, llévala. Pero si pasa algo, será culpa tuya. Solo tuya.

Laura bajó las escaleras. Cinco minutos después, Elena apareció en el garaje, vestida con su ropa original (ya seca) y con la bolsa al hombro. No dijo nada. Subió al asiento del copiloto con una obediencia mansa que a Laura le puso los pelos de punta.

Laura metió primera y el coche salió disparado del garaje, los neumáticos chirriando sobre la gravilla mojada del camino de entrada.

El trayecto por el camino privado fue un ejercicio de tensión sofocante. El bosque a ambos lados era un túnel de verdes oscuros y marrones, goteando humedad. La niebla se agarraba a los troncos de los árboles como algodón sucio.

Laura conducía rápido. Demasiado rápido. Necesitaba alejarse de la casa, necesitaba poner kilómetros entre ella y esa atmósfera tóxica.

—Vas muy deprisa, Laura —dijo Elena. Su voz era tranquila, sin pánico, mirando por la ventanilla—. El suelo está resbaladizo. Hojas mojadas.

—Cállate —dijo Laura, apretando el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. No intentes asustarme. Conozco este camino.

—¿Lo conoces? —Elena giró la cabeza y la miró. Había una sonrisa extraña en sus labios—. Lleváis aquí tres días. No conoces nada de este lugar. Ni de tu marido.

Laura pisó el acelerador, impulsada por la rabia. El coche rugió, devorando la grava.

Llegaron a la zona del roble caído. Efectivamente, los servicios forestales habían cortado el tronco y apartado los trozos a los lados, dejando un paso estrecho, apenas suficiente para un vehículo.

Laura maniobró con brusquedad, pasando entre los restos del árbol gigante. Las ramas arañaron la pintura del lateral del SUV con un sonido agudo y desagradable.

—¡Cuidado! —exclamó Elena, agarrándose al asidero de la puerta.

—¡Estamos bien! —gritó Laura.

Salieron a la carretera comarcal. Era una carretera de montaña, sinuosa, con una pendiente pronunciada que bajaba hacia el valle. A un lado, la pared de roca; al otro, un barranco protegido solo por un quitamiedos oxidado y vegetación densa.

El coche ganó velocidad en la bajada. 60 km/h. 70 km/h.

Laura sintió una extraña ligereza en el volante.

—Vale, ya hemos salido —dijo Laura, intentando regular su respiración—. En veinte minutos estás en el pueblo.

Se acercaba una curva cerrada a la derecha. La "Curva del Diablo", la llamaban los locales.

Laura levantó el pie del acelerador y movió el pie hacia el freno.

Pisó el pedal.

El pedal bajó. Siguió bajando. Sin resistencia.

Tocó el suelo de goma con un golpe seco.

El coche no deceleró. Al contrario, la inercia de la pendiente lo empujaba más rápido.

El estómago de Laura dio un vuelco, una caída libre al vacío.

—¿Laura? —La voz de Elena cambió. Esta vez sonó alerta—. Tienes que frenar. La curva.

—No… no funciona —jadeó Laura.

Bombeó el freno. Una, dos, tres veces. El pedal estaba muerto. Era como pisar una esponja mojada.

—¡Frena! —gritó Elena.

—¡No puedo! ¡Los frenos no responden!

La curva se abalanzó sobre ellas. El muro de roca gris a la izquierda, el vacío a la derecha. El velocímetro marcaba 80 km/h.

Laura tiró del freno de mano eléctrico, pero a esa velocidad, el sistema solo emitió un pitido de advertencia y no se activó por seguridad, o quizás también estaba manipulado.

El pánico explotó en la cabina. Era un pánico físico, animal. El olor a miedo agrio llenó el aire.

—¡Gira! —gritó Elena, cubriéndose la cara con los brazos.

Laura giró el volante con todas sus fuerzas hacia la derecha, intentando seguir la curva.

Los neumáticos perdieron tracción sobre el asfalto mojado y las hojas muertas. El coche no giró. Derrapó.

El mundo se convirtió en un borrón de colores y ruido. El chirrido ensordecedor de la goma quemada. El paisaje girando violentamente.

Laura vio el quitamiedos acercarse a una velocidad imposible.

«Voy a morir. David me ha matado».

Fue su último pensamiento lúcido.

Laura dio un volantazo desesperado hacia el interior, hacia la montaña, prefiriendo el choque contra la roca que la caída al vacío.

El morro del SUV impactó contra un talud de tierra y piedras en la cuneta izquierda.

CRASH.

El sonido fue atroz. Metal contra roca. Cristal estallando.

El airbag saltó como un puñetazo blanco en la cara de Laura, quemándole la piel, llenándole la nariz de polvo químico y oscuridad. Su cabeza rebotó contra el reposacabezas y luego contra la ventana lateral.

Silencio.

Solo el siseo del radiador roto y el pitido intermitente de la alarma del cinturón de seguridad. *Ding. Ding. Ding.*

Laura parpadeó, aturdida. Todo le daba vueltas. Tenía un sabor metálico en la boca. Sangre. Se tocó la frente; sus dedos volvieron rojos y pegajosos.

—¿Elena? —graznó.

Miró a su derecha.

Elena estaba allí. El airbag del copiloto también había saltado, pero ella ya se lo estaba quitando de encima con movimientos tranquilos.

No tenía sangre. No parecía herida. Estaba pálida, sí, pero sus ojos… sus ojos estaban fijos en Laura, observando el daño con una curiosidad fría.

—Estoy bien —dijo Elena. Su voz era estable. Terriblemente estable.

La puerta del conductor se abrió desde fuera con un tirón violento.

El aire frío entró de golpe.

—¡Laura!

Era David.

Laura giró la cabeza, sintiendo un latigazo de dolor en el cuello. David estaba allí, bajo la llovizna, jadeando, con el coche de Elena (el que supuestamente no arrancaba) aparcado unos metros más arriba, con las luces de emergencia puestas.

¿Cómo había llegado tan rápido? ¿El coche de Elena funcionaba?

David se inclinó sobre ella, desabrochándole el cinturón con manos temblorosas.

—¡Dios mío! ¡Estás sangrando! —Gritó, pero luego su tono cambió, endureciéndose—. ¡Te dije que no cogieras el coche! ¡Te lo dije!

—Los frenos… —balbuceó Laura, tratando de enfocar la vista—. David, los frenos… no funcionaron. El pedal se fue al fondo.

David la sacó del coche casi a rastras. Sus piernas fallaron y cayó de rodillas sobre el asfalto mojado.

—¿Los frenos? —David se rió, una risa histérica y furiosa—. Laura, ¡iba detrás de ti! ¡Vi las luces de freno encenderse! ¡Vi cómo acelerabas en la curva!

—No… —Laura negó con la cabeza, sintiendo que el mundo se inclinaba—. Yo pisé el freno. No había nada.

—¡Había marcas de derrape de treinta metros, Laura! ¡Entraste pasadísima! —David la agarró por los hombros y la sacudió—. ¡Casi matas a Elena! ¡Casi te matas tú! ¿Estás loca? ¿Qué querías demostrar?

Laura miró hacia el coche. Elena había salido por su propio pie. Estaba de pie junto a David, frotándose el cuello, mirando a Laura con una expresión de víctima traumatizada perfecta.

—Fue horrible, David —dijo Elena con voz temblorosa—. Iba gritando cosas sin sentido. Aceleraba y se reía. Intenté agarrar el

volante, pero ella… ella tiene mucha fuerza.

Laura abrió la boca para gritar, para llamarla mentirosa, pero no le salía la voz. El golpe en la cabeza le estaba pasando factura. La realidad se fragmentaba.

David miró a Elena con preocupación infinita y luego volvió a mirar a Laura con asco.

—Se acabó —dijo David—. Se acabó, Laura. No estás bien. Eres un peligro.

El regreso a casa fue una nebulosa. David las llevó en el coche de Elena —que arrancó a la primera, "un milagro", dijo él, "seguramente un cable suelto que se arregló solo"—.

Laura iba en el asiento de atrás, mareada, con una toalla presionada contra la brecha de su frente. Nadie le hablaba. David conducía en silencio, con los nudillos blancos sobre el volante. Elena iba delante, susurrando ocasionalmente a David, tocándole el brazo para calmarlo.

Llegaron a Blackwood House. La casa parecía más oscura que nunca, una fortaleza gris bajo el cielo plomizo.

David llevó a Laura directamente al baño de la planta baja. La sentó en la tapa del inodoro bajada.

—Voy a buscar el botiquín grande y llamar al doctor Evans —dijo David, sin mirarla—. No te muevas.

Salió, dejándola sola. Laura se miró en el espejo. Tenía un corte feo sobre la ceja izquierda, la sangre seca bajando por la mejilla como una lágrima roja. Parecía una víctima de guerra. Parecía derrotada.

Pero sabía que los frenos no habían funcionado. Lo sabía en sus huesos. Alguien había cortado el líquido. O lo habían drenado.

La puerta se abrió.

Laura se tensó, esperando a David y sus reproches.

Pero fue Elena quien entró.

Cerró la puerta tras de sí con un *clic* suave. Traía un cuenco con agua tibia, gasas y una botella de desinfectante.

—David está al teléfono, muy alterado —dijo Elena suavemente. Dejó las cosas sobre el lavabo.

Se acercó a Laura. Laura intentó apartarse, pegando la espalda a la cisterna, pero no tenía escapatoria en ese baño pequeño.

—Déjame ver eso —dijo Elena.

—No me toques —gruñó Laura.

Elena ignoró la protesta. Mojó una gasa en el agua tibia y, con una delicadeza sorprendente, empezó a limpiar la sangre de la cara de Laura. Sus movimientos eran rítmicos, hipnóticos.

—Shhh… tranquila —susurró Elena—. Te va a escocer un poco.

Laura quería empujarla, quería gritar, pero estaba agotada. El choque le había vaciado las reservas de adrenalina. Se dejó hacer, sintiéndose pequeña e indefensa bajo las manos de la intrusa.

Elena limpió la herida con una meticulosidad casi amorosa. Apartó el pelo pegajoso de la frente de Laura, sus dedos fríos rozando la piel caliente por la fiebre del trauma.

—Tienes suerte —dijo Elena, mirándola a los ojos. Estaban tan cerca que Laura podía ver las motas doradas en el iris oscuro de Elena—. Unos centímetros más abajo y habrías perdido el ojo. O la vida.

—Tú cortaste los frenos —susurró Laura.

Elena sonrió. No la sonrisa falsa de antes. Una sonrisa pequeña, triste y privada.

Cogió una gasa nueva, la empapó en desinfectante y la presionó sobre el corte. Laura siseó de dolor.

Elena se inclinó más, hasta que sus labios rozaron la oreja de Laura. El olor a sándalo y metal la envolvió por completo, asfixiante.

Elena le acarició el pelo, un gesto maternal, protector, terrorífico.

—Pobrecita —susurró Elena, su aliento cálido contra la piel erizada de Laura—. Estás luchando tanto… debe ser agotador estar siempre asustada, siempre dudando.

Laura se quedó paralizada, incapaz de moverse.

—Pero no te preocupes —continuó Elena, bajando la voz aún más, hasta que las palabras fueron solo vibración—. Pronto dejarás de sufrir. Ya queda muy poco para que todo termine.

Se apartó lentamente y miró a Laura con una ternura que heló la sangre en las venas de Laura.

—Ahora, sé una buena chica y deja que David te cuide. Él sabe lo que es mejor para ti.

CAPÍTULO 8: LA SOMBRA EN EL ESPEJO

El espejo del recibidor era una antigüedad victoriana que Laura había comprado en una subasta el año anterior. El cristal estaba ligeramente picado por el tiempo, dando a los reflejos una cualidad onírica, casi acuosa. Antes, a Laura le gustaba mirarse en él antes de salir; el espejo suavizaba sus imperfecciones y le devolvía una versión romántica de sí misma.

Ahora, Laura estaba de pie frente a él, pero el reflejo no era el suyo.

Tenía una venda blanca pegada sobre la ceja izquierda, cubriendo los puntos de sutura que el médico —que finalmente había logrado llegar en un 4x4 la tarde anterior— le había dado con mano temblorosa bajo la mirada vigilante de David. Su piel tenía el color de la cera vieja. Su pelo, normalmente brillante, colgaba lacio y sin vida alrededor de su cara hinchada. Sus ojos estaban hundidos en cuencas oscuras, dos agujeros de miedo en un rostro que ya no reconocía.

Detrás de ella, en el reflejo, cruzó una figura.

Laura contuvo el aliento.

Era una mujer. Alta, esbelta, con el pelo castaño recogido en un moño desenfadado sujeto con un lápiz de madera. Llevaba unos vaqueros ajustados y una blusa de seda color crema que dejaba ver la curva elegante del cuello. Caminaba con una seguridad magnética, tarareando una melodía apenas audible.

Por una fracción de segundo, la mente dañada de Laura pensó: *«Esa soy yo. Esa es la Laura de antes»*.

Pero la mujer del espejo se giró y le sonrió.

Era Elena.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó Elena, deteniéndose. Su tono era de una solicitud perfecta, pero sus ojos escaneaban a Laura de arriba abajo, registrando cada signo de deterioro con la precisión de un forense.

Laura se giró lentamente, apoyando una mano en la consola para no perder el equilibrio. El mareo por la conmoción cerebral seguía ahí, un oleaje constante que hacía que el suelo pareciera inestable.

—Estoy bien —mintió Laura. Su voz sonaba fina, quebradiza.

Elena asintió, comprensiva. Llevaba el pelo recogido con un lápiz.

Laura miró el lápiz. Era uno de dibujo, un Faber-Castell 4B. Laura solía recogerse el pelo así cuando trabajaba en casa. Era un gesto inconsciente, un tic personal. Elena nunca había llevado el pelo así los días anteriores. Siempre lo llevaba suelto o en una coleta tirante.

—Te queda bien el pelo así —dijo Laura, sintiendo un frío reptar por su nuca.

Elena se tocó el moño con coquetería, imitando el movimiento exacto que Laura hacía cuando estaba nerviosa: un toque rápido en la nuca, alisando los mechones sueltos.

—¿Tú crees? —Elena se miró en el espejo, poniéndose al lado del reflejo demacrado de Laura. El contraste era brutal. Elena brillaba; Laura se desvanecía—. David me sugirió que me despejara la cara. Dice que tengo una estructura ósea que es una pena ocultar.

David.

Laura miró la blusa de Elena. No era suya, gracias a Dios, pero era inquietantemente similar al estilo que Laura vestía antes de que la depresión y la ansiedad la empujaran hacia la ropa holgada y los colores oscuros. Elena no solo estaba ocupando su espacio; estaba ocupando su estética. Estaba ocupando su luz.

—Huele bien —murmuró Laura, arrugando la nariz.

Un aroma flotaba en el aire alrededor de Elena. Era sutil, floral, con un fondo amaderado. Rosas antiguas y grosella negra.

El corazón de Laura dio un vuelco doloroso.

—¿Es... *L'Ombre dans l'Eau*? —preguntó Laura, incrédula.

Elena parpadeó, inocente.

—¿El qué?

—Tu perfume.

—Ah. —Elena se olió la muñeca—. No, es solo una muestra que encontré en el fondo de mi bolso. Ni siquiera sé la marca. ¿Te gusta?

—Es mi perfume —dijo Laura. No era una pregunta. Era una acusación—. Es el perfume que uso desde hace cinco años. David me lo regala cada Navidad. Es de Diptyque. No se encuentran "muestras" tiradas en el bolso.

Elena soltó una risita suave, condescendiente.

—Laura, cariño, creo que el golpe en la cabeza te tiene un poco confundida. Es un olor a rosas genérico. Todo huele a rosas si quieres que huela a rosas. —Elena se acercó un paso más. El olor la golpeó: era inconfundible. Era *su* olor—. Estás obsesionada con que

quiero ser tú, ¿verdad? David me dijo que tenías problemas de inseguridad, pero esto… esto es fascinante.

—No quiero que seas yo —susurró Laura, sintiendo las lágrimas de impotencia—. Quiero que dejes de robarme.

—Nadie puede robar lo que ya has tirado a la basura, Laura —dijo Elena. Su voz bajó, volviéndose dura como el diamante—. Tú ya no eres esta mujer. Mírate en el espejo. Eres un fantasma. Yo solo estoy… recogiendo los pedazos que tú no quieres.

Antes de que Laura pudiera responder, la puerta del despacho se abrió y David salió.

Al verlas juntas frente al espejo, su rostro se iluminó. Pero no miró a su mujer herida. Sus ojos fueron directamente a Elena, imantados por su vitalidad, por el pelo recogido con el lápiz, por el perfume que, sin duda, él podía oler desde allí.

—Elena —dijo David, ignorando a Laura—. Estaba buscando los planos de la casa para ver por dónde pasa la tubería del jardín. ¿Me ayudas? Tienes mejor ojo espacial que yo.

Elena le dedicó una sonrisa radiante.

—Claro, David. Me encanta la arquitectura.

David pasó por el lado de Laura. Le dio una palmadita distraída en el hombro sano, como quien acaricia a un perro viejo y enfermo al pasar.

—Descansa, Lau. Tienes mala cara.

Laura se quedó sola en el recibidor, viendo cómo su marido y la mujer que olía a ella desaparecían en el despacho. Se cerró la puerta. Oyó sus risas amortiguadas.

Se miró al espejo una última vez. La venda, los ojos muertos, la postura encorvada. Elena tenía razón. Se estaba convirtiendo en un fantasma en su propia vida.

Pero los fantasmas tienen una ventaja: nadie los ve. Nadie vigila lo que hacen.

Laura se enderezó. El dolor de cabeza seguía ahí, un martillo constante, pero la rabia era un analgésico poderoso.

Si David y Elena estaban en el despacho revisando planos, tenía diez minutos. Quizás quince.

Laura se quitó las zapatillas de estar por casa para no hacer ruido. Sus calcetines se deslizaron sobre la madera fría.

Caminó hacia el pasillo de la planta baja, hacia la habitación de invitados.

El dormitorio de invitados estaba al final del pasillo, una habitación que Laura había decorado con tonos neutros y relajantes para las visitas de su madre. Ahora, al abrir la puerta, la habitación se sentía extraña. Cargada.

Olía a *ella*. Al perfume robado. Y a algo más… un olor acre, a tabaco escondido. Elena fumaba, aunque decía que era "de vida sana".

Laura entró y cerró la puerta tras de sí con suavidad.

La cama estaba hecha con una precisión militar. No había ni una arruga. Sobre la mesilla de noche, no había nada. Ni un libro, ni un vaso de agua, ni el teléfono. Era impersonal, como una habitación de hotel vacía.

Laura abrió el armario. La bolsa de viaje de Elena estaba allí, la misma que Laura había intentado tirar al coche esa mañana. Estaba abierta.

Laura rebuscó en la ropa. Pocas prendas, todas de calidad, pero desgastadas. Ropa de alguien que ha vivido mucho tiempo con poco. En el fondo de la bolsa, encontró un neceser. Lo abrió.

Maquillaje barato. Un cepillo de dientes. Y un frasco de pastillas sin etiqueta lleno de cápsulas azules. Laura cogió una y la miró. No

sabía qué eran, pero no parecían vitaminas. Se guardó una en el bolsillo de sus vaqueros.

Siguió buscando. Debajo de la cama. En los cajones de la cómoda. Nada. Elena era cuidadosa. No dejaba rastro. Era una profesional de la nada.

Laura se sintió desinflar. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Un pasaporte falso? ¿Un diario titulado "Plan para destruir a Laura"?

Se giró para salir, derrotada. Su mirada cayó sobre la papelera de rejilla metálica en la esquina de la habitación.

Estaba vacía. O eso parecía.

Laura se acercó. En el fondo, había algo. No era papel arrugado. Parecían fragmentos. Pequeños trozos de cartulina brillante.

Laura metió la mano y sacó los pedazos. Eran seis o siete trozos de una fotografía rota. Alguien la había rasgado con saña y luego había tirado los restos, asumiendo que nadie miraría en la basura de una invitada perfecta.

Laura se sentó en el suelo, con el corazón latiéndole en la garganta.

Puso los trozos sobre la alfombra beige. Empezó a componer el rompecabezas.

Sus manos temblaban, haciendo difícil encajar los bordes irregulares.

Primero encajó una esquina. Un fondo verde, desenfocado. Un parque. Luego otra pieza. Una mano sosteniendo un cigarrillo. Luego un torso. Una camiseta negra de un grupo de rock. *Nirvana*.

Laura frunció el ceño. David odiaba el grunge. Decía que era música de deprimidos.

Colocó la pieza central. La cara.

El aire se le congeló en los pulmones.

Era David.

Pero no el David que ella conocía.

Era un David mucho más joven. Tenía el pelo más largo, cayéndole sobre los ojos en un flequillo rebelde. Tenía barba de tres días, no la perilla perfectamente recortada que llevaba ahora. Y tenía una cicatriz pequeña en la barbilla que Laura nunca le había visto, o que quizás se había operado años atrás.

Miraba a la cámara con una expresión de arrogancia juvenil, desafiante, casi cruel.

Laura buscó el resto de las piezas. Faltaba la persona que estaba a su lado. Solo se veía un hombro. Un hombro desnudo, pálido, y un mechón de pelo negro, largo y rizado.

Laura giró uno de los trozos del reverso. Era papel fotográfico antiguo, del que amarillea. Había algo escrito con bolígrafo azul, una caligrafía picuda y nerviosa.

Unió los fragmentos del reverso para leerlo.

«D & E. Verano del 2014. Para siempre».

D & E.

David y Elena.

Laura se tapó la boca para ahogar un grito.

> 2014. Eso era hace diez años. Cinco años antes de que Laura conociera a David en aquella galería de arte. Cinco años antes de que él le dijera que era "el amor de su vida" y que nunca había sentido nada igual por nadie.

Elena no era una desconocida que apareció en una tormenta. Elena no era una fotógrafa de paisajes perdida. Elena no era una actriz contratada al azar.

Ellos se conocían. Se conocían de antes.

La mente de Laura empezó a conectar los puntos a una velocidad vertiginosa, ignorando el dolor de su cabeza. Las miradas. La complicidad inmediata. La forma en que sus cuerpos parecían

gravitar el uno hacia el otro. No era atracción reciente. Era memoria muscular. Era historia.

«Para siempre».

Laura miró la fecha de nuevo. 2014.

David le había dicho que en 2014 estaba viviendo en Londres, terminando su máster. Le había dicho que estaba solo, centrado en su carrera.

Mentira. Todo era mentira.

De repente, la puerta de la habitación se abrió.

Laura no tuvo tiempo de levantarse. Ni siquiera tuvo tiempo de esconder la foto.

Se quedó allí, sentada en la alfombra, con la prueba del engaño desplegada ante ella como un mapa del tesoro maldito.

Elena estaba en el umbral.

No parecía sorprendida de ver a Laura allí. De hecho, ni siquiera miró a Laura a la cara.

Sus ojos oscuros bajaron lentamente, como un depredador localizando su presa, hasta clavarse en los trozos de papel sobre la alfombra.

El silencio se estiró, tenso y vibrante como una cuerda de violín a punto de romperse.

Laura levantó la vista, esperando ver miedo en la cara de Elena. Esperando verla intentar inventar una excusa.

Pero Elena no tenía miedo.

Elena sonrió.

Fue una sonrisa lenta, perezosa, que no llegó a sus ojos. Entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí con un golpe suave pero definitivo. El sonido del pestillo al girar resonó como un disparo en la habitación pequeña.

—Vaya, vaya —susurró Elena, avanzando hacia Laura con pasos lentos y depredadores—. Al final resulta que la ratita sabe husmear.

Laura intentó retroceder, arrastrándose sobre la alfombra, pero su espalda chocó contra la cama. Estaba atrapada.

—Le conoces —dijo Laura, su voz temblando—. Le conoces desde hace diez años.

Elena se detuvo justo encima de ella. Su sombra cubrió a Laura, eclipsándola.

—Cariño —dijo Elena, agachándose hasta que sus rostros estuvieron a centímetros de distancia—. Yo le inventé.

CAPÍTULO 9: LA PRUEBA

La puerta de la habitación de invitados se había cerrado en su cara hacía horas, pero la frase de Elena seguía resonando en la cabeza de Laura con la persistencia de un acúfeno: *«Yo le inventé»*.

Laura se había retirado a la cocina, temblando, no por frío, sino por la vibración de una verdad que no lograba procesar del todo. Tenía la foto rota escondida en el bolsillo trasero de sus vaqueros, quemándole la piel. Era su única prueba física, su ancla a la realidad. Ellos se conocían. Habían sido amantes, socios, cómplices. Lo que fuera que estuvieran haciendo ahora, era una representación macabra diseñada para un público de una sola persona: ella.

Pero saberlo no era suficiente. Necesitaba demostrarlo. Y necesitaba demostrar que sus intenciones no eran solo robarle el marido o el dinero, sino algo más inmediato y físico. Necesitaba una prueba de *malicia*.

Si llamaba a la policía ahora y decía "mi marido conoce a esta mujer de antes", se reirían. No era un crimen. Pero intentar provocar un

shock anafiláctico… eso era intento de homicidio.

Laura trazó el plan mientras miraba la lluvia caer sobre el jardín trasero embarrado. Era un plan simple, desesperado, nacido de la mente de alguien que ha visto demasiadas películas o que no tiene nada que perder.

Tenía que mentir. Tenía que poner un cebo.

Escuchó pasos bajando las escaleras. Eran ligeros, casi rítmicos. Elena.

Laura se giró hacia la nevera y abrió la puerta, fingiendo buscar algo, recomponiendo su cara. Tenía que parecer la esposa sumisa y medicada que ellos querían que fuera.

—¿Tienes hambre? —preguntó Elena desde el umbral. Su voz había vuelto a ese tono de dulzura empalagosa, como si la escena de la foto y la amenaza en la habitación de invitados nunca hubieran ocurrido. Era experta en borrar el pasado inmediato.

—Un poco —mintió Laura, sacando un yogur y una manzana. Se giró y se apoyó en la encimera, mirando a Elena a los ojos. Mantuvo la mirada, buscando grietas, pero la superficie de Elena era lisa como el mármol.

—Estaba pensando en hornear algo para la cena —dijo Elena, recorriendo la cocina con la mirada propietaria que tanto irritaba a Laura—. He visto que tenéis zanahorias que se van a poner malas. Un pastel de zanahoria nos vendría bien para subir el ánimo. ¿Te gusta?

Laura sintió que se le aceleraba el pulso. Era el momento.

—El pastel de zanahoria está bien —dijo Laura, esforzándose por mantener la voz neutral—. Pero ten cuidado con los ingredientes.

Elena ladeó la cabeza, curiosa.

—¿Por qué? ¿No te gusta la canela?

—No es eso —Laura tragó saliva. Aquí venía la mentira—. Soy alérgica a las nueces. Muy alérgica.

Elena parpadeó lentamente. Sus ojos oscuros parecieron registrar el dato, archivándolo en alguna carpeta mental oscura.

—¿Ah, sí? —preguntó Elena. No había sorpresa, solo un interés clínico—. David no me lo había comentado.

—A David se le olvidan esas cosas porque no es él quien acaba en urgencias con la garganta cerrada —improvisó Laura, ganando confianza. La mentira sabía bien en su lengua, sabía a poder—. La última vez, hace dos años, casi me muero por un trozo de brownie en una boda. Se me cierra la glotis en cuestión de minutos. Si como una sola nuez, dejo de respirar.

Laura exageró los detalles, pintando una imagen gráfica de su propia muerte. Quería asegurarse de que Elena entendiera la letalidad. Si Elena quería hacerle daño, esta era la oportunidad perfecta. Una "muerte accidental" trágica durante una tormenta, sin acceso a hospitales.

Elena sonrió. Fue una sonrisa pequeña, contenida.

—Vaya. Eso es aterrador. No te preocupes, Laura. Nada de nueces. Lo tendré muy en cuenta.

—Gracias —dijo Laura.

Elena se dio la vuelta y empezó a sacar harina y azúcar de los armarios reorganizados. Laura la observó un momento más, viendo cómo la mujer tarareaba mientras preparaba el escenario.

«Pica el anzuelo», pensó Laura con ferocidad. *«Por favor, intenta matarme. Así podré matarte yo a ti en defensa propia».*

La tarde pasó con una lentitud agónica. Laura se encerró en el despacho de David —él no estaba, supuestamente estaba revisando el generador fuera— y fingió leer un libro. En realidad, estaba escuchando.

Oía el batir de los huevos. El sonido del horno al abrirse y cerrarse. Y luego, alrededor de las seis de la tarde, el olor.

Empezó sutil, un aroma cálido a especias: canela, nuez moscada, clavo. Luego el dulce denso del azúcar moreno caramelizándose. Y finalmente, el olor inconfundible de la masa horneada.

El aroma inundó la casa, reptando por debajo de las puertas, saturando el aire húmedo y frío. Olía a hogar. Olía a trampa.

Laura salió del despacho a las ocho. El sol ya se había puesto y la casa estaba iluminada de nuevo por la luz vacilante de las velas y algunas lámparas a batería, ya que el generador seguía inestable.

La mesa del comedor estaba puesta. Elena había sacado la vajilla buena, la de los bordes dorados que Laura reservaba para Navidad.

David ya estaba sentado en la cabecera, sirviéndose vino. Al ver a Laura, sonrió. Parecía relajado, con las mejillas sonrosadas por el vino o por la calefacción.

—Mira quién baja de su cueva —dijo David, alzando la copa—. Siéntate, Lau. Elena se ha lucido. Huele que alimenta.

Laura se sentó a su derecha. Elena apareció desde la cocina, llevando una fuente de cerámica con el pastel.

Era magnífico. Un bizcocho alto, cubierto por una capa generosa de glaseado de queso crema blanco y espeso. Elena lo dejó en el centro de la mesa con teatralidad.

—*Voilà* —dijo Elena—. Pastel de zanahoria rústico con *frosting* de vainilla.

Laura miró el pastel. Su superficie blanca era lisa, inmaculada. No se veía nada marrón, nada rugoso. Si había nueces, estaban escondidas dentro, camufladas en la masa oscura y especiada, o trituradas en el polvo más fino.

—Tiene una pinta increíble —dijo David, cogiendo el cuchillo de postre—. Me muero de hambre.

Elena se sentó frente a Laura. Se quitó el delantal (el delantal de Laura) y lo dejó en el respaldo de la silla.

—Espero que os guste. Es la receta de mi abuela —dijo Elena, mirando fijamente a Laura. Sus ojos brillaban a la luz de las velas con una intensidad expectante.

David cortó el primer trozo. El cuchillo se hundió en la cobertura suave y luego atravesó el bizcocho. Laura aguzó el oído. Buscaba el sonido del metal chocando contra algo duro. Un *cric*.

No se oyó nada. El bizcocho parecía esponjoso.

David sirvió el trozo en un plato y se lo pasó a Laura.

—Para la reina de la casa —dijo él.

Laura miró el plato delante de ella. El corte del pastel revelaba un interior denso, de color ámbar oscuro, moteado con las tiras naranjas de la zanahoria. Había grumos. Pequeños trozos irregulares. Podían ser piña, pasas… o nueces.

—Vamos, pruébalo —instó Elena. Se había servido una copa de agua y observaba a Laura por encima del borde del vaso—. Me ha costado mucho que el glaseado quedara en su punto sin batidora eléctrica.

El corazón de Laura martilleaba contra sus costillas. Era el momento de la verdad. Si comía y no pasaba nada, había quedado como una mentirosa paranoica ante sí misma. Pero si había nueces…

Laura cogió el tenedor. Pinchó un trozo de bizcocho, asegurándose de coger uno de esos grumos sospechosos.

Lo levantó hacia la luz de la vela.

Entrecerró los ojos. El grumo no era naranja como la zanahoria. Era marrón claro. Tenía la textura arrugada de un cerebro diminuto.

Era una nuez.

Laura sintió una mezcla de terror y triunfo. ¡Lo había hecho! ¡La había intentado envenenar! La trampa había funcionado. Elena había ignorado deliberadamente su advertencia de muerte.

Laura dejó caer el tenedor sobre el plato con un estrépito metálico que hizo saltar a David.

—¿Laura? —David frunció el ceño—. ¿Qué pasa?

Laura se levantó lentamente, temblando de pura adrenalina. Señaló el plato con un dedo acusador.

—¿Qué es esto, Elena? —preguntó Laura. Su voz era baja, peligrosa.

Elena arqueó las cejas, la imagen de la inocencia.

—¿El qué? Es pastel.

—¡Lo has puesto! —gritó Laura, incapaz de contenerse más—. ¡Te dije esta tarde en la cocina que era alérgica! ¡Te dije que se me cerraba la garganta! ¡Te dije que podía morir!

David miró a Laura y luego al pastel, confundido.

—Laura, ¿de qué estás hablando?

—¡Mira! —Laura cogió el plato y se lo puso a David bajo la nariz, casi manchándole la camisa—. ¡Mira ahí dentro! ¡Son nueces! ¡Ha llenado el pastel de nueces!

David miró el trozo de pastel. Asintió lentamente.

—Sí, parece que tiene nueces. ¿Y qué?

Laura sintió que el mundo se detenía.

—¿Cómo que "y qué"? —Laura miró a su marido como si fuera un alienígena—. David, ¡me quiere matar! ¡Sabe que soy alérgica! ¡Se lo dije hace cuatro horas!

Se giró hacia Elena, que seguía sentada, impasible, con una expresión de leve preocupación en el rostro.

—¡Admítelo! —gritó Laura—. ¡Te dije que era alérgica mortal y has puesto nueces a propósito! ¡Es intento de asesinato!

Elena miró a David, mordiéndose el labio inferior con nerviosismo.

—David… yo… —empezó Elena, con voz temblorosa—. Ella no me dijo nada. Estuvimos hablando de la lluvia y del coche, pero… jamás mencionó ninguna alergia. Si lo hubiera sabido, nunca…

—¡Mentirosa! —Laura golpeó la mesa con las manos—. ¡Mientes! ¡Estábamos en la cocina! ¡Te lo dije mientras comía un yogur!

—Laura, cálmate, por favor —dijo David, poniéndose de pie y rodeando la mesa para acercarse a ella.

—¡No me calmo! —Laura retrocedió, alejándose de él—. ¡Estáis compinchados! ¡Ella pone el veneno y tú la cubres! ¡Queréis deshaceros de mí!

David se detuvo. Suspiró profundamente y se pasó una mano por la cara, un gesto de agotamiento absoluto.

—Laura, nadie quiere envenenarte. Y nadie quiere matarte.

—¡Hay nueces en el pastel, David! —insistió ella, señalando la evidencia—. ¡Si me lo como, me muero!

David miró el pastel. Luego miró a Laura con una expresión que ella no pudo descifrar al principio. Era una mezcla de tristeza y decepción.

—Cielo… —dijo David suavemente—. Tú no eres alérgica a las nueces.

Laura se quedó helada.

—¿Qué? —susurró.

—Que no eres alérgica —repitió él, hablando despacio y vocalizando, como si hablara con un niño pequeño o un anciano senil—. Nunca lo has sido. Te encantan las nueces.

—¡Eso es mentira! —gritó Laura, aunque una punzada de pánico frío le atravesó el estómago. Ella sabía que no era alérgica, era una treta, pero David no debía saberlo. David debería estar reaccionando a la "información" de la alergia—. ¡Te lo he dicho mil veces!

—Laura —David negó con la cabeza—. En nuestra segunda cita pedimos ensalada Waldorf. Lleva nueces. Te la comiste entera. El mes pasado compraste un bote de helado de nueces de macadamia.

—¡Eso es diferente! —Laura intentó buscar una excusa, pero su mente patinaba. Se estaba perdiendo en su propia mentira—. ¡Desarrollé la alergia hace dos años! ¡Te lo acabo de decir!

—No, Laura —David se acercó a la mesa. Cogió el plato de Laura.

Levantó el trozo de pastel con la mano, el glaseado pringándole los dedos.

—Mira —dijo él.

Y se metió el trozo entero en la boca.

Masticó despacio, mirando a Laura a los ojos. Tragó.

—Está delicioso —dijo David—. Y no pasa nada. Porque las nueces son comida, Laura. No son veneno. El único veneno aquí es lo que tienes en la cabeza.

Laura retrocedió hasta chocar contra el aparador.

—Pero… yo se lo dije a ella… —balbuceó Laura, mirando a Elena—. Le dije que era alérgica. Aunque fuera mentira, le dije que lo era. Y ella puso las nueces igual. ¡Eso demuestra que quería hacerme daño!

Elena se levantó despacio. Tenía los ojos húmedos.

—Laura… —dijo Elena con voz rota—. Te juro por mi vida que nunca me dijiste eso. Hablamos del pastel, sí. Me dijiste que te encantaba el dulce. Que tenías ganas de algo casero. Nunca mencionaste la palabra "alergia". Jamás lo habría hecho.

Elena se giró hacia David, buscando consuelo.

—David, me está asustando. Me mira con odio. ¿Por qué se inventa estas cosas? ¿Por qué dice que quiero matarla?

David fue hacia Elena y le puso una mano en el hombro, consolándola.

—Ya está, ya está —dijo David, mirando a Laura con severidad—. Es la paranoia, Elena. Te lo expliqué. Se inventa escenarios de persecución. Crea trampas en su mente y luego se enfada cuando la realidad no encaja.

Laura miró la escena. Su marido abrazando a la intrusa. El pastel a medio comer. La "prueba" irrefutable convertida en migas absurdas.

De repente, la duda la asaltó con la fuerza de un tsunami.

¿Se lo había dicho?

Recordaba estar en la cocina. Recordaba pensar en el plan. Recordaba la sensación de triunfo. Pero… ¿llegó a pronunciar las palabras? ¿O solo lo pensó tan fuerte que creyó haberlo dicho?

Había estado sin dormir. Había tenido un accidente de coche. Tenía una conmoción cerebral. Había dejado las pastillas de golpe.

—Yo… yo estoy segura… —murmuró Laura, pero su voz temblaba. Ya no sonaba firme. Sonaba rota.

—Laura —dijo David, caminando hacia ella. Esta vez Laura no retrocedió. No tenía fuerzas—. Estás perdiendo el contacto con la realidad. Primero fue la historia del lago que no era tuya. Ahora es una alergia que no existe. ¿No ves lo que está pasando? Te estás rompiendo.

David la tomó por los brazos. Su tacto era cálido, sólido.

—Necesitas ayuda, Laura. Ayuda de verdad. No puedo cuidarte yo solo si me acusas de ser un asesino.

Laura miró el pastel de zanahoria. Las nueces parecían burlarse de ella desde la masa.

—¿Estoy loca? —preguntó en un susurro, las lágrimas resbalando por sus mejillas.

David la abrazó. Apretó su cabeza contra su pecho, donde Laura pudo oír el latido constante y rítmico de su corazón.

—No estás loca, mi amor —susurró David en su pelo—. Solo estás enferma. Pero nosotros te vamos a cuidar. ¿Verdad, Elena?

Laura, aplastada contra la camisa de David, levantó la vista.

Vio a Elena por encima del hombro de su marido.

Elena estaba comiendo un trozo de pastel con el tenedor. Se metió un bocado en la boca, masticó con placer y luego miró a Laura.

Y le guiñó un ojo.

Fue un gesto rápido, obsceno, brutal.

Laura cerró los ojos y dejó que la oscuridad la tragara. Si gritaba ahora, nadie la creería. Si luchaba, solo confirmaría su diagnóstico.

Estaba atrapada en una casa de cristal, y las paredes se estaban cerrando.

CAPÍTULO 10: EL DIAGNÓSTICO

El sonido de un motor rompió el silencio de la mañana. No era el rugido diésel de un tractor ni el zumbido lejano de una motosierra forestal. Era el ronroneo suave y civilizado de un sedán de lujo.

Laura estaba sentada en el borde de la cama, vestida con la misma ropa del día anterior. No se había duchado. No se había cepillado el pelo. Se sentía sucia, una suciedad que iba más allá de la piel y se asentaba en el alma. Desde el incidente del pastel de zanahoria, había entrado en un estado de letargo defensivo. No hablaba. No comía. Solo observaba.

Se levantó y caminó hacia la ventana como una autómata. Apartó la cortina apenas un centímetro.

Un coche plateado, un Audi impoluto, estaba aparcado junto al vehículo de Elena frente a la entrada principal.

«El camino», pensó Laura. *«Han despejado el camino»*.

Si un coche podía entrar, ella podía salir. La esperanza le dio un chispazo de energía, una sacudida eléctrica en el pecho.

Pero entonces vio a David salir de la casa. Iba impecable: camisa azul celeste, pantalones chinos, esa imagen de marido preocupado pero competente. Abrió la puerta del conductor del Audi y saludó al hombre que bajaba con un abrazo fuerte, palmadas en la espalda, una camaradería masculina que irradiaba confianza.

El recién llegado era un hombre alto, calvo, con gafas de montura gruesa y un maletín de cuero marrón.

Laura lo reconoció al instante, y la sangre se le heló en las venas.

Era Roberto. El doctor Roberto Almansa. Un viejo compañero de fraternidad de David en la universidad, ahora un psiquiatra de renombre en la capital. Habían cenado con él un par de veces. Era un hombre que siempre miraba a Laura con una superioridad intelectual apenas disimulada, analizando cada palabra suya como si fuera un síntoma.

—Una visita social —murmuró Laura, retrocediendo de la ventana. Pero sabía que no era social. Nadie conduce dos horas hasta una casa aislada después de una tormenta para tomar café.

La puerta del dormitorio se abrió. No hubo llamada previa.

Elena entró.

Traía una bandeja con té y tostadas. Llevaba un vestido de punto color crema que abrazaba sus curvas con una elegancia sencilla. Parecía la dueña de la casa recibiendo a la servidumbre.

—Buenos días, Laura —dijo Elena. Su voz era dulce, pero sus ojos, esos ojos oscuros que le habían guiñado la noche anterior, estaban vacíos de empatía—. Tienes visita.

—No quiero ver a nadie.

—David ha llamado a Roberto. Está muy preocupado por ti. Por el… incidente de ayer. —Elena dejó la bandeja en la mesilla sin mirarla—. Han conseguido abrir un carril de emergencia esta mañana. Roberto ha venido en cuanto David le ha contado lo de tu intento de suicidio con el coche y lo de la alergia fantasma.

Laura sintió que la bilis le subía a la garganta.

—No fue un intento de suicidio. Y tú lo sabes.

Elena se giró. Se acercó a Laura y le acomodó el cuello de la camisa con un gesto rápido y posesivo. Laura se quedó rígida, aguantando la respiración para no oler ese perfume —su propio perfume— en la piel de otra.

—Lo que yo sepa no importa, Laura —susurró Elena—. Lo que importa es lo que piense el doctor. Y mírate… estás hecha un desastre. Tienes ojeras, estás temblando, tienes una herida en la cabeza y dices cosas inconexas. Si yo fuera médico, te tendría miedo.

Elena le dio una palmadita en la mejilla. Fue un golpe suave, humillante.

—Lávate la cara. Te esperan en el salón en diez minutos. Si no bajas, subirán a por ti. Y creéme, no quieres que te seden a la fuerza.

Elena salió, dejando la puerta abierta.

El salón se había transformado en una sala de interrogatorios disfrazada de reunión de amigos.

David y Roberto estaban sentados en los sofás enfrentados, con tazas de café humeante en la mesa baja. Elena estaba sentada en el brazo del sillón de David, una posición que gritaba intimidad, lealtad y apoyo. Formaban un frente unido: los cuerdos, los bellos, los estables.

Cuando Laura entró, la conversación se detuvo abruptamente.

—Laura —Roberto se puso de pie. Su traje gris era perfecto, sin una arruga. Le tendió la mano, pero no sonrió. La miró por encima de sus gafas con esa expresión clínica de "estoy evaluando tu nivel de amenaza"—. Ha pasado mucho tiempo.

Laura ignoró la mano. Se abrazó a sí misma, consciente de lo pequeña y frágil que parecía en comparación con ellos.

—¿Qué haces aquí, Roberto?

—David me llamó anoche. Estaba… angustiado. Me contó lo que ha estado pasando estos días. La mudanza, el estrés, el accidente…

—El sabotaje —corrigió Laura, con voz firme—. Alguien cortó los frenos de mi coche.

Roberto intercambió una mirada rápida con David. Una mirada de *«ahí está, el delirio persecutorio»*. David asintió tristemente, bajando la cabeza como un marido mártir.

—Siéntate, Laura, por favor —dijo Roberto, señalando el sillón vacío que quedaba frente a ellos, aislado como el banquillo de los acusados.

Laura se sentó. Se sentía como un insecto bajo un microscopio.

—Laura —empezó Roberto, sacando una libreta de su bolsillo interior —, David me cuenta que has dejado la medicación de golpe. El Alprazolam.

—La tiré por el váter. Me estaban drogando para que no viera lo que pasa en esta casa.

—¿Y qué es lo que pasa en esta casa, según tú? —preguntó Roberto. Su tono era suave, el tono que se usa para hablar con alguien que tiene una bomba pegada al pecho.

—Ellos —Laura señaló a David y a Elena—. Son amantes. Se conocen desde hace años. Encontré una foto de 2014 en la basura. Ella ha venido aquí para volverme loca, para que David pueda quedarse con mi dinero y librarse de mí sin divorcio. Ayer intenté

ponerle una trampa con una alergia falsa y ella puso nueces en el pastel. ¡Ella sabía que era mentira, pero lo hizo igual para asustarme! Y luego… —Laura tragó saliva, consciente de lo absurdo que iba a sonar lo siguiente—. Luego se comió el pastel y me guiñó un ojo. Se está riendo de mí. Está usando mi ropa, mi perfume… ¡Quiere ser yo!

El silencio que siguió a su monólogo fue denso. Solo se oía el tictac de un reloj de pared y la lluvia fina que había vuelto a empezar fuera.

Roberto suspiró y anotó algo en su libreta.

—Confabulación. Proyección de identidad. Delirio paranoide sistematizado. —Murmuró las palabras mientras escribía, pero Laura las oyó perfectamente.

—¡No es un delirio! —Laura se levantó de golpe—. ¡Mírala! —señaló a Elena—. ¡Lleva mi maldito cárdigan! ¡Huele a *L'Ombre dans l'Eau*! ¡Es mi vida la que lleva puesta!

Elena, que había estado callada, dio un pequeño respingo de miedo y se acercó más a David, buscando protección.

—Roberto —dijo Elena con voz temblorosa, la actuación perfecta de la víctima asustada—. Yo… solo intento ayudar. Mi coche se rompió. David fue amable. Ella me ha atacado verbalmente desde que llegué. Dice que le robo los recuerdos. Me da miedo, Roberto. Anoche pensé que me pegaría.

Roberto miró a Elena con una mezcla de admiración y simpatía.

—Es increíble que hayas aguantado tanto, Elena. Tienes una paciencia admirable. —Roberto le dedicó una sonrisa cálida, una sonrisa que a Laura nunca le había dado—. Estás haciendo un gran trabajo conteniendo la situación.

Luego, el psiquiatra se giró hacia Laura. La calidez desapareció de su rostro.

—Laura, escúchame. Estás sufriendo un brote psicótico inducido por la retirada abrupta de benzodiacepinas, sumado a un estrés postraumático latente por la infidelidad de David, que claramente no has superado. Tu mente ha creado una villana —señaló a Elena— para exteriorizar tu dolor. Proyectas en ella tus inseguridades. Crees que ella quiere ser tú porque, en el fondo, tú ya no quieres ser tú misma.

—Eso es palabrería barata —escupió Laura—. Quiero que se vayan. Los dos. Fuera de mi casa.

—Esta casa no es segura para ti ahora mismo —dijo Roberto, cerrando la libreta con un golpe seco—. Y tú no eres segura para los demás. Ese accidente de coche… David dice que aceleraste en la curva. Podrías haber matado a Elena. Podrías haberte matado tú. Eso es conducta suicida y homicida, Laura.

—Los frenos no funcionaban.

—El mecánico del pueblo ha venido con la grúa esta mañana para llevarse el coche —intervino David suavemente—. Ha mirado los frenos, Lau. Están perfectos. El líquido está lleno. No hay cortes.

Laura sintió que el suelo desaparecía. ¿Habían arreglado los frenos durante la noche? ¿O el mecánico también estaba comprado? ¿O David sabía de mecánica lo suficiente para sabotearlo y arreglarlo sin dejar huella?

—Mientes —susurró ella, pero ya no tenía fuerza.

—Laura —dijo Roberto, inclinándose hacia delante—. Como médico, tengo la obligación de intervenir si veo un riesgo inminente. Creo que necesitas un ingreso. Un periodo de observación de 72 horas. Hay una clínica privada excelente a dos horas de aquí, Santa Matilde. Conozco al director. Es discreta, tranquila. Allí te estabilizarán.

—¿Internarme? —Laura miró a David—. ¿Me vas a encerrar?

David se levantó y fue hacia ella. La tomó de las manos. Laura intentó soltarse, pero él apretó fuerte.

—Es por tu bien, amor. Roberto dice que es lo mejor. Solo unos días. Para que descanses. Para que vuelvas a ser tú. Elena y yo nos encargaremos de la casa mientras tanto.

Laura miró a Elena. La mujer estaba acariciando el borde de su taza de café, ocultando una sonrisa detrás de la porcelana. Sus ojos brillaban con triunfo.

—No voy a ir a ninguna parte —dijo Laura, con voz fría—. Si queréis sacarme de aquí, tendréis que traerme una orden judicial o sacarme arrastras.

Roberto se levantó y se ajustó la chaqueta.

—Puedo conseguir una orden de ingreso involuntario en unas horas, Laura. Tengo la evaluación. Tengo los testigos. Pero preferiríamos que fuera voluntario. Es menos… traumático.

—Vete al infierno, Roberto.

Laura se dio la vuelta y salió del salón. Sus piernas temblaban tanto que apenas la sostenían. Subió las escaleras agarrándose a la barandilla como una anciana.

—Dejadla —oyó decir a Roberto a sus espaldas—. Necesita procesarlo. Dadle una hora. Mientras tanto, David, vamos a tu despacho. Necesitamos rellenar los formularios de pre-ingreso. Elena, ¿nos acompañas? Tu testimonio sobre el accidente será vital para el informe.

Laura entró en su dormitorio y se apoyó contra la puerta cerrada, respirando como un animal acorralado.

El manicomio. Ese era el plan final. No matarla, sino anularla. Encerrarla en una habitación acolchada, atiborrarla de pastillas hasta que babeara, mientras David y Elena vivían en su casa, gastaban su dinero y se reían de la "pobre Laura loca".

Tenía que huir.

Miró por la ventana. Caía una lluvia torrencial de nuevo. Estaba en un segundo piso. Saltar era arriesgado, pero no imposible si usaba las sábanas. O podía bajar por la canaleta.

Pero necesitaba su cartera. Su móvil. Las llaves del coche de Elena (el suyo se lo había llevado la grúa).

Abrió la puerta de su habitación un milímetro.

El pasillo estaba vacío.

Oyó voces abajo. Venían del despacho de David, que estaba justo debajo de su habitación, pero las voces resonaban por el hueco de la escalera.

Laura se quitó los zapatos. Bajó las escaleras con la cautela de un ladrón, pisando los extremos de los escalones donde la madera crujía menos.

Llegó a la planta baja. La puerta del despacho era de roble macizo, pesada y gruesa, diseñada para aislar el sonido. Estaba cerrada.

Laura se acercó y pegó la oreja a la madera fría.

Las voces eran un murmullo grave y constante.

—...no puede haber errores con los papeles, Roberto... —Era la voz de David. Sonaba tensa, de negocios—. El seguro de incapacidad tiene cláusulas muy específicas.

—...Santa Matilde es segura... —respondió la voz de Roberto. Laura tuvo que esforzarse para distinguir las palabras—. El director me debe favores. Si entra allí con un diagnóstico de esquizofrenia paranoide aguda, no saldrá hasta que tú firmes el alta. Y sabemos que eso no pasará.

Laura se tapó la boca. *Incapacidad. Seguro.* No era solo la herencia. Era el control total de sus activos en vida.

—¿Y si se resiste? —preguntó Elena. Su voz se oía más clara, más aguda—. Tiene esa mirada… la mirada de quien no tiene nada que

perder. Me puso nerviosa con lo del pastel. Fue inteligente.

—No te preocupes por ella, cariño —dijo David. Se oyó el sonido de una silla arrastrándose y luego un silencio, seguido de un sonido húmedo. Un beso. Laura cerró los ojos, asqueada—. Roberto tiene un sedante en el maletín. Si se pone difícil, la pinchamos aquí mismo y la llevamos dormida en el coche. Diremos que tuvo una crisis agresiva.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Elena.

—En cuanto termine de imprimir esto. Una hora, máximo. Prepara su maleta. Mete cosas tristes. Ropa vieja. Queremos que parezca deprimida cuando llegue a la clínica.

Laura sintió que el pánico le arañaba la garganta. Una hora. La iban a drogar y a secuestrar legalmente.

Se apartó de la puerta, lista para correr de vuelta a su habitación y saltar por la ventana. Ya no importaba el dinero, ni el coche. Tenía que correr hacia el bosque y esconderse.

Pero el suelo de madera bajo sus pies la traicionó.

Al girarse para huir, pisó una tabla suelta del pasillo.

CRIIIIC.

El crujido sonó como un disparo en el silencio de la casa.

Las voces en el despacho cesaron instantáneamente.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Elena.

—Shhh.

Laura no esperó. Corrió. Corrió hacia las escaleras, subiendo los escalones de tres en tres, sin importarle el ruido, sin importarle nada más que llegar a la ventana.

—¡Laura! —Oyó la voz de David abriendo la puerta del despacho.

Laura llegó al rellano del piso de arriba. Se lanzó hacia su dormitorio.

Entró, cerró la puerta de un portazo y echó el pestillo interior.

Se apoyó contra la puerta, jadeando, con el corazón golpeándole las costillas como si quisiera romperlas.

—¡Laura! —David golpeó la puerta desde fuera. Los golpes eran fuertes, autoritarios—. ¡Abre la puerta! ¡Sabemos que estabas escuchando!

—¡Vete! —gritó ella—. ¡No voy a ir a ninguna clínica! ¡Voy a llamar a la policía!

—No tienes teléfono, Laura —dijo David, con voz tranquila, terriblemente tranquila, a través de la madera—. Y nadie va a creerte.

Laura corrió hacia la ventana. La abrió. El viento y la lluvia entraron de golpe, empapándola. Miró hacia abajo. Era alto. Muy alto. Abajo había losas de piedra. Si caía mal, se rompería las piernas y entonces sí que estaría a su merced.

Pero era su única opción. Empezó a tirar de las sábanas de la cama para hacer una cuerda.

Entonces oyó un ruido en la puerta.

No eran golpes.

Era un sonido metálico. *Clac-clac.*

Laura se detuvo con la sábana en la mano.

Miró el pomo de la puerta.

El pestillo interior que ella había echado era un simple botón de privacidad. Se podía abrir desde fuera con una moneda o un destornillador.

El botón saltó. *Pop*.

Laura retrocedió, agarrando una lámpara pesada de la mesilla como arma.

Pero la puerta no se abrió.

Oyó el sonido de una llave girando en la cerradura principal. Una llave que ella no sabía que David tenía.

Click. Click. Doble vuelta.

Laura corrió hacia la puerta. Bajó el picaporte.

Estaba bloqueado.

—¿David? —gritó, golpeando la madera.

—Lo siento, Laura —dijo la voz de David desde el otro lado. Ya no sonaba enfadado. Sonaba distante, profesional—. No nos dejas otra opción. Te has convertido en un peligro para ti misma.

—¡Abre! ¡Abre la maldita puerta!

—Voy a dejarte encerrada hasta que estemos listos para salir —dijo él—. Roberto está preparando el sedante. Elena te traerá algo de ropa limpia. Intenta relajarte. Todo esto acabará pronto.

Oyó sus pasos alejándose por el pasillo.

Laura golpeó la puerta con los puños hasta que le dolieron los huesos.

—¡DAVID!

Nadie respondió.

Se giró hacia la habitación. Las paredes parecían haberse encogido. El aire se sentía escaso.

Corrió de nuevo a la ventana, lista para saltar sin cuerda si hacía falta.

Pero al asomarse, vio algo que la hizo gritar de frustración.

Abajo, en el patio, Roberto estaba de pie bajo un paraguas negro, mirando hacia su ventana. Estaba vigilando. Al verla, levantó la mano en un saludo impasible y sacó el móvil para avisar a los otros.

Estaba atrapada.

Arriba, la tormenta; abajo, el guardián; y en la puerta, el cerrojo.

Laura se dejó caer al suelo, con la espalda contra la pared, y se abrazó las rodillas.

Miró el reloj de la mesilla.

Una hora.

Tenía sesenta minutos antes de desaparecer para siempre.

CAPÍTULO 11: LA HUIDA

Cincuenta y dos minutos.

Eso era lo que marcaba el reloj digital de la mesilla cuando Laura dejó de golpear la puerta. Cincuenta y dos minutos antes de que el sedante del doctor Roberto entrara en sus venas y la realidad se apagara definitivamente.

Laura se alejó de la madera maciza, respirando con dificultad. El pánico inicial, caliente y caótico, se había enfriado hasta convertirse en una especie de claridad helada y afilada. Ya no era una esposa, ni una paciente, ni una víctima. Era un animal enjaulado que había decidido que prefería morir mordiendo los barrotes que esperar al matadero.

Miró a su alrededor. La habitación, su santuario de diseño nórdico y sábanas de hilo egipcio, era ahora una celda.

Se acercó a la ventana. El vidrio vibraba bajo el asalto del viento. Fuera, el mundo era una masa convulsa de negro y gris. La lluvia no caía; atacaba. Golpeaba la fachada de la casa en ráfagas horizontales que parecían disparos de agua.

Laura miró hacia abajo. Roberto seguía allí.

El psiquiatra se había refugiado bajo el alero de la entrada principal, protegiéndose con un paraguas negro inmenso. El humo de su

cigarrillo se elevaba en espirales grises que el viento destrozaba al instante. No miraba hacia arriba constantemente, pero su posición bloqueaba la única salida lógica: el camino de grava hacia la carretera.

Laura apretó la frente contra el cristal frío.

Si saltaba, se rompería las piernas. Si gritaba, nadie la oiría.

Su mirada barrió el patio empapado, buscando… algo. Cualquier cosa. Sus ojos se detuvieron en la zona de aparcamiento lateral, una explanada de adoquines oscurecidos por el agua donde los coches descansaban como bestias dormidas.

Estaba el Audi plateado de Roberto. Estaba el SUV de David.

Y, apartado, casi oculto bajo las ramas agitadas de los pinos que bordeaban la propiedad, estaba el coche de Elena. El viejo sedán que supuestamente había muerto.

Una idea cruzó la mente de Laura. Una idea absurda, peligrosa.

Elena había aparecido de la nada. Elena conocía su vida. Elena tenía una foto de David de hacía diez años. Si había respuestas, si había alguna prueba tangible que Laura pudiera llevar a la policía —si lograba llegar a la policía—, no estaba dentro de esta casa donde David controlaba cada papel y cada cajón. Estaba en ese coche. Era el único espacio que David no había "curado" para ella.

Pero llegar hasta allí era imposible.

A menos que…

Un relámpago iluminó el cielo, revelando la estructura de la casa por un segundo. Laura vio la canaleta de desagüe. Una tubería de cobre grueso que bajaba por la esquina de la fachada, a unos dos metros a la izquierda de su ventana. Esa esquina daba a la parte trasera de la casa, al jardín embarrado, fuera de la vista de Roberto.

Cuarenta y cinco minutos.

Laura no lo pensó más. La duda era un lujo que ya no podía permitirse.

Corrió hacia la cama y arrancó la sábana bajera con un tirón violento. La tela se rasgó. Hizo un nudo fuerte en un extremo y lo ató a la pata pesada de la cama de roble macizo. Probó la resistencia tirando con todo su peso. Aguantaba.

Abrió la ventana.

La tormenta entró en la habitación como una explosión. El viento le arrancó los papeles de la mesilla, la lluvia empapó su cara y su ropa en cuestión de segundos. El ruido era ensordecedor, un rugido constante que borraba cualquier otro sonido.

«Mejor», pensó Laura, escupiendo el agua que se le metía en la boca. *«Así no me oirán caer»*.

Se subió al alféizar. El viento intentó empujarla hacia dentro, luego hacia fuera. Tenía los pies descalzos; se había quitado las botas para tener mejor tacto. El frío de la piedra mojada le mordió las plantas de los pies.

Lanzó el extremo de la sábana hacia fuera. La tela blanca bailó en el aire oscuro como un fantasma enloquecido.

Laura se agarró a la tela y salió.

El vacío tiró de su estómago. Quedó colgada a seis metros del suelo, balanceándose violentamente. La lluvia le golpeaba la espalda como gravilla. Sus manos, entumecidas por el frío y el miedo, resbalaban sobre la tela mojada.

—Vamos, vamos… —jadeó entre dientes.

Bajó un metro. Sus músculos gritaban. Otro metro.

El viento la golpeó contra la pared de hormigón rugoso. Se raspó los nudillos, la mejilla. Sintió el dolor agudo, pero lo archivó para más tarde.

Miró a su izquierda. La canaleta estaba ahí. Brillante, húmeda, resbaladiza.

Tenía que soltarse de la sábana y saltar hacia la tubería. Era un movimiento de metro y medio. Si fallaba, caía sobre las losas de piedra.

Cerró los ojos un segundo. Visualizó la cara de Elena guiñándole el ojo mientras comía el pastel. Visualizó a David firmando su ingreso en el manicomio.

La rabia le dio alas.

Laura se impulsó contra la pared y se lanzó al vacío.

Sus dedos chocaron contra el metal frío de la tubería. Se agarró con la desesperación de quien se ahoga. El metal estaba helado y resbaladizo por el moho. Sus pies buscaron tracción en las abrazaderas de la pared.

La tubería crujió y vibró bajo su peso, soltando un gemido metálico que el trueno camufló milagrosamente.

Resbaló medio metro, quemándose la piel de las palmas y el interior de los muslos, hasta que sus pies encontraron un saliente.

Jadeando, llorando sin lágrimas que se distinguieran de la lluvia, Laura terminó de bajar.

Cuando sus pies descalzos tocaron el barro blando del jardín trasero, casi se desplomó. Sus piernas eran gelatina. Pero estaba fuera.

Estaba libre.

Se pegó a la pared de la casa, fundiéndose con las sombras. El agua le caía por el pelo, pegándole la ropa al cuerpo, calándola hasta los huesos. Tiritaba de forma incontrolable, sus dientes castañeteando con un ritmo frenético.

«Muévete. Si te paras, te mueres de hipotermia».

Rodeó la casa, agachada, usando los setos de boj como cobertura. El barro se le metía entre los dedos de los pies, frío y viscoso. Se

sentía primitiva. Una criatura del pantano.

Llegó a la esquina desde donde podía ver la entrada. Roberto seguía allí, un punto oscuro bajo el paraguas, mirando fijamente hacia arriba, hacia la ventana abierta de Laura. No se había dado cuenta de nada.

Laura calculó la distancia. Diez metros de espacio abierto hasta los pinos donde estaba el coche de Elena.

Esperó al trueno.

CRAAAACK.

El cielo se rompió en luz blanca. Laura corrió.

No fue una carrera elegante. Resbaló dos veces, cayó de rodillas, se levantó cubierta de lodo, y siguió corriendo.

Llegó a la protección de los árboles. Se lanzó detrás del maletero del coche de Elena, respirando como una locomotora averiada. El corazón le golpeaba la garganta.

Miró hacia la casa. Nadie había salido. Roberto seguía fumando.

Laura se giró hacia el coche.

Era un sedán viejo, un modelo de los noventa, robusto y cuadrado. Tenía barro en los guardabarros y una capa de hojas muertas sobre el capó. Parecía abandonado.

Laura probó la manilla de la puerta del conductor.

Cerrada.

Maldijo en silencio. Por supuesto que estaba cerrada.

Probó la del copiloto. Cerrada.

La desesperación amenazó con paralizarla. ¿Había hecho todo esto para nada? ¿Para morir de frío pegada a un coche viejo?

Miró las ventanillas. Podía romper una. Había piedras de sobra en el jardín. Pero el ruido… El ruido alertaría a Roberto. Estaba demasiado

cerca.

Entonces sus ojos cayeron sobre la cerradura del maletero.

Parecía forzada. Había rasguños alrededor del bombín, como si alguien hubiera usado un destornillador en el pasado. Era un coche viejo, de los que se abren con un golpe seco si sabes dónde darlo. O quizás…

Laura recordó algo que David había dicho el día anterior, cuando "arregló" el coche para traerla del accidente: *«Ese trasto se cae a pedazos, el cierre centralizado es una broma».*

Laura metió los dedos bajo el borde del maletero y tiró hacia arriba, pulsando el botón de apertura al mismo tiempo.

Nada.

—Por favor… —susurró Laura, apoyando la frente contra la chapa fría y mojada—. Por favor, por favor…

Lo intentó de nuevo, esta vez sacudiendo la tapa lateralmente mientras tiraba.

Click.

El sonido fue minúsculo, pero para Laura sonó como un coro de ángeles. El mecanismo, oxidado y viejo, cedió.

Laura levantó la tapa del maletero lentamente, rezando para que las bisagras no chirriaran. Se abrió con un gemido suave.

No había luz interior. La bombilla estaba fundida o desconectada.

Laura se asomó al interior oscuro del maletero, protegiéndose los ojos de la lluvia con una mano.

Esperaba encontrar una rueda de repuesto, un gato hidráulico, quizás basura de envoltorios de comida rápida.

Pero el maletero estaba lleno.

Laura tanteó en la oscuridad. Sus manos tocaron tela. Nylon resistente. Cuero.

Había dos maletas grandes.

Laura frunció el ceño. Elena había llegado con una bolsa de deporte pequeña y desgastada. Estas maletas eran nuevas, rígidas, caras.

Laura buscó la cremallera de una de ellas. Sus dedos entumecidos torpearon con el cierre, pero logró abrirlo unos centímetros.

Metió la mano.

Tocó tela suave. Camisas. Camisas almidonadas.

Sacó una prenda y esperó a que un relámpago iluminara la escena.

La luz estroboscópica del cielo le mostró lo que tenía en las manos.

Era una camisa azul Oxford. Con las iniciales bordadas en el puño: *D.S.* David Serrano.

Laura soltó la camisa como si fuera una serpiente venenosa.

Eran las maletas de David.

No las maletas de un viaje de fin de semana. Eran las maletas de alguien que se muda. De alguien que ha empaquetado su vida entera.

Laura empezó a rebuscar con frenesí en el resto del maletero, apartando las maletas. Tenía que haber más.

En el fondo, debajo de una manta de viaje de cuadros, su mano tocó algo frío y liso. Una carpeta de plástico.

La sacó. La lluvia golpeaba el plástico, haciendo que resbalara entre sus dedos.

Laura la abrió. Dentro había papeles. Muchos papeles. Protegidos de la humedad.

Laura sacó el primer fajo. Necesitaba luz. Necesitaba ver.

Se agazapó más, usando su propio cuerpo como escudo contra la lluvia, y esperó al siguiente relámpago. Tardó tres segundos eternos.

FLASH.

La luz blanca iluminó el papel durante un instante. Fue suficiente.

No era un plan de asesinato. No era un mapa.

Era un contrato. Un contrato de compraventa inmobiliaria.

"CONTRATO DE ARRAS: VENTA DE PROPIEDAD 'BLACKWOOD HOUSE'".

Laura parpadeó, confundida en la oscuridad que siguió al relámpago. ¿Venta? ¿Cómo podían vender la casa si acababan de comprarla?

Otro relámpago. Laura leyó más abajo.

FECHA DE FIRMA: 15 de Octubre. (Hacía dos semanas).
COMPRADOR: Inversiones Hoteleras del Norte S.L.
VENDEDOR: David Serrano.

Y debajo, en letra pequeña, una cláusula que hizo que el corazón de Laura se detuviera por completo.

"El Vendedor garantiza la entrega de la propiedad libre de cargas y ocupantes antes del día 30 del presente mes. En caso de incumplimiento por presencia de inquilinos o cónyuges con derecho de usufructo, el contrato quedará anulado y el Vendedor deberá abonar una penalización de doble cuantía."

Laura soltó el papel. El viento se lo llevó, pegándolo contra un arbusto cercano.

Entendió. Lo entendió todo de golpe con una claridad nauseabunda.

No querían su dinero. O no solo su dinero. David ya había vendido la casa. La había vendido antes incluso de que se mudaran. La mudanza era una farsa. Una parada técnica.

Necesitaba entregar la casa "libre de ocupantes". Necesitaba que Laura desapareciera. Legalmente. Físicamente.

Y la fecha límite era mañana.

Laura metió la mano de nuevo en la carpeta. Quedaba un documento más. Un sobre.

Lo abrió.

Dentro había dos billetes de avión.

Salida: Mañana, 08:00 AM. **Origen:** Aeropuerto Internacional. **Destino:** Bali, Indonesia. (Solo ida). **Pasajeros:** Sr. David Serrano y Sra. Elena *Serrano*.

Elena Serrano.

Laura sintió que las piernas le fallaban. Se dejó caer de rodillas en el barro, con el papel mojándose en sus manos.

No eran amantes.

En el pasaporte adjunto a los billetes, la foto de Elena le sonreía. Pero el nombre no era Elena García ni Elena López. El nombre en el pasaporte, emitido hacía cinco años, era *Elena Serrano*.

Eran hermanos.

O primos. O estaban casados desde hacía años.

David nunca se había divorciado de nadie antes de conocer a Laura. Él le dijo que era soltero.

«Yo le inventé», había dicho Elena.

No era una metáfora artística. Era literal. Se habían inventado a David, el marido perfecto, para cazar a Laura, la ejecutiva solitaria con una herencia considerable y una necesidad desesperada de ser amada.

Habían estado jugando con ella desde el primer día. No eran celos. No era una aventura. Era una estafa maestra. Una demolición controlada de su vida para quedarse con todo y huir al paraíso tropical mientras ella se pudría en una celda acolchada en Santa Matilde.

Un ruido a sus espaldas la sacó de su parálisis.

No fue un trueno.

Fue el sonido inconfundible de una bota pisando una rama seca.

Laura se giró, todavía de rodillas en el barro, con los billetes de avión en la mano.

Una linterna potente se encendió, cegándola. El haz de luz blanca la atrapó como a un conejo en la carretera.

—Te dije que era una chica lista, David —dijo la voz de Elena. Sonaba divertida, casi orgullosa.

—Demasiado lista para su propio bien —respondió la voz de David. Sonaba cansado.

Laura se tapó los ojos con el brazo. A través de la lluvia y la luz cegadora, vio dos siluetas recortadas contra la negrura del bosque.

David sostenía la linterna.

Elena sostenía una pistola.

CAPÍTULO 12: LA REVELACIÓN

El haz de luz blanca cortó la oscuridad, buscando a Laura como el ojo de un faro enloquecido.

En el instante preciso en que la linterna de David barrió el lateral del coche, Laura no pensó. El instinto animal que había despertado en ella tomó el mando. En lugar de quedarse paralizada bajo la luz como una presa, se lanzó cuerpo a tierra, rodando sobre el barro y las hojas podridas hacia la oscuridad profunda debajo del chasis del viejo sedán.

—¡La he visto! —gritó David. Su voz sonó distorsionada por el viento, pero cargada de una furia eléctrica—. ¡Estaba junto al maletero!

Laura se arrastró sobre los codos, el lodo helado metiéndosele por la camisa, raspándole el vientre. Apretó la carpeta de plástico contra su

pecho como si fuera un órgano vital que se le hubiera caído del cuerpo.

—¡Rodea el coche por la izquierda! —ordenó la voz de Elena. Ya no era dulce, ni siquiera burlona. Era la voz de un general en el campo de batalla.

Laura salió por el otro lado del vehículo, reptando hacia la espesura de los rododendros que bordeaban el límite del bosque. Las ramas bajas le azotaron la cara, pero el dolor era irrelevante. Solo existía el latido ensordecedor de su corazón y la necesidad de esconderse.

Vio una estructura a unos veinte metros. La caseta de la depuradora de la piscina. Era un cubo de ladrillo cubierto de hiedra, casi invisible en la noche.

Laura corrió.

Fue una carrera de pesadilla, con los pies descalzos resbalando en la hierba empapada. Oyó los pasos pesados de David corriendo hacia el coche, sus maldiciones al ver que ella ya no estaba allí.

Llegó a la caseta. La puerta de madera estaba hinchada por la humedad, pero cedió con un tirón desesperado. Laura se coló dentro y la cerró tras de sí, echando el cerrojo oxidado con dedos temblorosos.

Se dejó caer al suelo de cemento, en la oscuridad absoluta, rodeada por el zumbido eléctrico de las bombas de agua y el olor químico a cloro y moho.

Estaba a salvo. Por unos minutos.

Fuera, la tormenta rugía, camuflando su respiración agitada. Veía los haces de las linternas cruzar las rendijas de la puerta de madera, peinando el jardín.

—¡Laura! —gritaba David—. ¡No tienes adónde ir! ¡Sal ahora y será más fácil!

Laura ignoró la voz. Se sentó en un rincón, acurrucada, y sintió la carpeta bajo sus manos.

Necesitaba ver. Necesitaba entender por qué había billetes de avión y contratos de venta. Necesitaba saber contra qué estaba luchando realmente.

Tanteó en la oscuridad. Sus dedos rozaron una estantería metálica. Botes de cloro, guantes de goma… y una caja de cerillas de seguridad, de esas largas para encender barbacoas.

Laura cogió la caja. Estaba húmeda.

«Por favor, por favor», rogó mentalmente.

Rascó la primera cerilla. Se rompió. Rascó la segunda. Solo chispas. La tercera se encendió con un siseo y una llama amarilla y vacilante.

Laura protegió la llama con su cuerpo, creando una pequeña cueva de luz entre sus rodillas y su pecho. Abrió la carpeta de plástico.

Sus ojos, inyectados en sangre y abiertos de par en par, devoraron los documentos.

Lo primero que vio no fue el contrato de venta que había vislumbrado en el coche. Eso estaba al final.

Lo que estaba encima era un dosier. Un dosier encuadernado con espiral, con una portada de cartulina azul.

El título, impreso en tipografía Sans Serif limpia, decía:

PROYECTO: "LA INVITADA" CLIENTE: D. SERRANO ACTRIZ PRINCIPAL: ELENA VANCE AGENCIA: BLACK BOX TEATRO EXPERIMENTAL & SOLUCIONES CORPORATIVAS

Laura parpadeó. Una gota de agua cayó de su pelo sobre el papel, emborronando la tinta.

¿Actriz?

Pasó la página con mano temblorosa.

Había una foto de Elena. Pero no la Elena que Laura conocía. Era una foto de estudio, en blanco y negro, artística. Elena miraba a la cámara con una intensidad camaleónica. Debajo, un currículum vitae.

- *Elena Vance. Edad: 32.*
- *Especialidad: Método Stanislavski, Inmersión Psicológica Profunda, Improvisación de Crisis.*
- *Experiencia previa: "La Viuda" (Inmersión de 3 meses para cliente privado), "La Hija Pródiga" (Inmersión de 6 meses).*

Laura sintió que el suelo de cemento se abría bajo ella.

No era su hermana. No era su amante desde hacía diez años. No era una psicópata aleatoria que había aparecido en la tormenta.

Era una profesional.

Laura pasó las páginas frenéticamente. El dosier era un guion. Un guion detallado, morboso y frío de su propia destrucción.

Había secciones marcadas con pestañas de colores.

FASE 1: LA INSERCIÓN. *Objetivo: Ganar confianza. Establecer vulnerabilidad. (Ver anexo: "Coche averiado / Tormenta").*

FASE 2: EL DESPLAZAMIENTO (GASLIGHTING). *Objetivo: Generar duda sobre la propia percepción. Usar objetos personales del Sujeto (Laura) para desestabilizar la identidad. Nota manuscrita al margen:* "Usar el perfume. Funciona mejor que la ropa. El olfato es el sentido más ligado a la memoria emocional".

Laura se llevó una mano a la boca. La conversación sobre el perfume *Diptyque*. No fue crueldad casual. Fue una línea de guion estudiada.

Siguió leyendo.

FASE 3: LA IMPLANTACIÓN DE MEMORIA. *Objetivo: Apropiarse de un trauma infantil del Sujeto para validar la tesis de la demencia. Acción:* Contar la historia del lago de Sanabria como propia. *Fuente:* Diario personal del Sujeto (facilitado por el Cliente). Página 45.

Laura sintió una oleada de violación tan profunda que le dieron ganas de vomitar. David le había dado su diario. David le había dado sus miedos más íntimos a esta mujer para que los convirtiera en armas.

Y luego, la página final. El objetivo.

OBJETIVO FINAL: LA CLÁUSULA 14B.

Había una fotocopia del acuerdo prenupcial que Laura y David habían firmado hacía tres años. Laura recordaba haberlo firmado sin mirar, confiada, enamorada.

Un párrafo estaba subrayado en rotulador rojo:

"El presente acuerdo de separación de bienes quedará nulo y sin efecto en caso de que uno de los cónyuges sea declarado legalmente incapaz por enfermedad mental severa o sea internado en una institución psiquiátrica por un periodo superior a 30 días. En tal caso, el cónyuge sano asumirá la tutela legal y la administración total del patrimonio familiar para garantizar los cuidados necesarios."

Ahí estaba.

No la querían muerta. Muerta no servía. Si Laura moría, el dinero iba a su madre o a beneficencia según su testamento, o la investigación policial sobre una muerte violenta congelaría las cuentas.

Pero si Laura estaba *loca*… si Laura estaba encerrada en Santa Matilde babeando por los sedantes… David se convertía en su tutor legal. David obtenía el control de sus cuentas, de sus acciones, de sus propiedades. David obtenía el poder absoluto.

Y Elena… Elena cobraba su tarifa.

Laura encontró el contrato de servicios al final.

HONORARIOS POR SERVICIOS DE ACTUACIÓN: 500.000 euros. **BONUS POR ÉXITO RÁPIDO (Antes del 30 de Octubre):** Viaje a Bali + 100.000 euros adicionales.

Laura soltó la carpeta. La cerilla se consumió hasta quemarle los dedos. La soltó y la oscuridad volvió a tragarla.

Se quedó sentada en silencio, con el olor a azufre y cloro llenándole la nariz.

La rabia que sentía ahora era diferente a la de antes. Antes era una rabia caliente, nacida del miedo y la confusión. Ahora era fría. Era una rabia nuclear.

Todo había sido mentira.

Las sonrisas de Elena. La preocupación de David. Incluso el "accidente" de coche… todo era teatro. Teatro caro. Teatro cruel.

Se habían reído de ella. Habían cenado su comida, bebido su vino y comentado su actuación después, en la cama, como dos críticos analizando una obra.

«Laura tiene mucha fuerza», había dicho Elena tras el accidente. No era un cumplido. Era una nota de producción.

Laura se puso de pie en la oscuridad. Sus piernas ya no temblaban.

David quería una loca. David había pagado medio millón de euros por una loca.

—Pues vas a tener una —susurró Laura a la oscuridad.

Buscó a su alrededor. Sus manos tropezaron con una botella de cristal pesado. Cloro líquido concentrado. Y un trapo sucio.

No tenía un plan de escape. Ya no quería escapar. Escapar implicaba huir, y ella había terminado de huir. Si salía corriendo al bosque, la cazarían. Tenían linternas, armas y coches. Ella estaba descalza y herida.

Pero tenía una ventaja.

Ella sabía el guion. Y ellos no sabían que ella lo sabía.

Oyó un ruido fuera. Pasos sobre la grava. El haz de una linterna cruzó la rendija de la puerta, iluminando el polvo en suspensión

dentro de la caseta.

—Sé que estás por aquí, Laura —dijo la voz de David. Estaba muy cerca. Justo al otro lado de la puerta—. Veo tus huellas en el barro.

Laura desenroscó la tapa de la botella de cloro. El olor químico era punzante, le hacía llorar los ojos.

—Vamos, cariño. No lo hagas más difícil —continuó David. Su tono era esa mezcla ensayada de paciencia y autoridad—. Roberto tiene el sedante listo. Solo será un pinchazo. Dormirás y todo este miedo desaparecerá.

Laura se colocó detrás de la puerta. Apretó la botella contra su pecho.

El pomo giró.

La puerta se atascó un poco por la humedad, y luego se abrió con un chirrido agudo.

La tormenta entró, seguida por una silueta masculina alta.

David.

Entró con la linterna en alto, apuntando hacia el fondo de la caseta, donde las sombras se acumulaban. Llevaba un impermeable amarillo brillante que lo hacía parecer grotescamente alegre en medio del horror.

—¿Laura? —preguntó a la oscuridad.

Laura contuvo la respiración. Estaba pegada a la pared, justo detrás de la hoja de la puerta abierta. David no la había visto al entrar.

Él dio un paso más, escaneando el interior con el haz de luz.

—Mierda, aquí tampoco está —murmuró para sí mismo. Bajó la linterna un segundo.

Fue su error.

Laura salió de las sombras. No gritó. No hizo ningún ruido.

David sintió el movimiento y se giró rápido, levantando la linterna de nuevo.

El haz de luz iluminó a Laura.

Estaba cubierta de barro de la cabeza a los pies. Tenía el pelo pegado a la cara como algas muertas. La venda de su frente se había soltado, dejando ver los puntos negros sobre la herida roja. Sus ojos estaban desorbitados, pupilas dilatadas, fijos en él con una intensidad que no era humana.

Pero lo más aterrador no era su aspecto.

Era que estaba sonriendo.

Sostenía la carpeta azul contra su pecho con una mano.

David bajó la vista. Vio la carpeta. Vio el título: **PROYECTO: "LA INVITADA"**.

Su cara palideció bajo la luz indirecta de la linterna. La máscara de marido preocupado se desintegró, revelando por primera vez el pánico real del hombre descubierto.

—Laura… —empezó a decir, dando un paso atrás.

—¡Corten! —dijo Laura. Su voz fue un susurro rasposo, pero cortante como una guadaña.

David levantó la linterna para cegarla, pero Laura ya no apartaba la vista.

—Se acabó el juego, Laura —dijo él, intentando recuperar el control, intentando volver al guion—. Suelta eso y ven conmigo. Estás alucinando. Esos papeles no son reales.

Laura soltó una carcajada seca, breve.

—Oh, son muy reales, David. Clausula 14B. Incapacidad mental. —Laura ladeó la cabeza, imitando el gesto de pájaro de Elena—. ¿Sabes qué es lo irónico? Que para conseguir tu dinero, necesitabas que yo perdiera la cabeza.

Laura levantó la botella de cloro abierta con la mano libre.

—Felicidades, cariño —dijo ella—. Misión cumplida.

Y antes de que David pudiera reaccionar, antes de que pudiera levantar los brazos para protegerse, Laura le arrojó el contenido de la botella a la cara.

CAPÍTULO 13: EL GIRO

El grito de David no fue humano. Fue un aullido gutural, húmedo y primitivo que rasgó la tormenta.

Laura no esperó a ver el daño. El olor a cloro concentrado explotó en el aire confinado de la caseta, una nube tóxica que quemaba la nariz y los pulmones. Aprovechando la ceguera momentánea de su marido, Laura se lanzó hacia la puerta abierta, hacia la lluvia, hacia la libertad.

Pero subestimó la furia.

Una mano ciega y enorme se cerró alrededor de su tobillo justo cuando cruzaba el umbral.

Laura cayó de bruces sobre el barro, el impacto le sacó el aire de los pulmones con un *huff* doloroso. Clavó los dedos en la tierra mojada, intentando arrastrarse, pataleando con el pie libre.

—¡Zorra! —rugió David.

Ya no era la voz del marido preocupado. Ya no había inflexiones de paciencia ni tono paternal. Era la voz pura y dura del odio.

David tiró de ella. Laura intentó agarrarse al marco de la puerta, a la hierba, a lo que fuera, pero la fuerza de él era imparable. La arrastró hacia atrás como si fuera un muñeco de trapo.

Laura se giró sobre su espalda y le dio una patada en la cara con el pie descalzo. Sintió cómo su talón impactaba contra carne y hueso.

David ni se inmutó. Tenía los ojos cerrados, hinchados y rojos por el químico, y la piel de la mejilla brillaba con una irritación furiosa, pero

la adrenalina lo había convertido en una máquina. Se limpió la cara con el antebrazo, abrió un ojo lloroso e inyectado en sangre, y se abalanzó sobre ella.

La inmovilizó con su peso, aplastándola contra el barro. Laura sintió el sabor metálico de la sangre en la boca.

—Se acabó el teatro —dijo David, jadeando, escupiéndole saliva y lluvia en la cara.

La agarró por el pelo, tirando con fuerza hasta que Laura sintió que el cuero cabelludo se le desgarraba, y la levantó del suelo.

—Vamos a entrar. Y vas a hacer exactamente lo que yo te diga, o te juro que te mato aquí mismo y digo que te resbalaste en la piscina.

Laura no contestó. No podía. El dolor y el terror la habían dejado muda. Pero en su mano, ahora apretada contra su pecho, ya no tenía la carpeta azul. Se le había caído en la lucha, perdida en el barro oscuro del jardín. Su prueba se había ido.

David la empujó hacia la casa. Caminaron a trompicones bajo la lluvia, una marcha forzada grotesca. Él le retorcía el brazo detrás de la espalda, empujándola hacia adelante.

Llegaron a la puerta trasera de la cocina. David la abrió de una patada.

La luz interior la cegó. La calidez de la casa, antes acogedora, ahora se sentía como el calor de un horno crematorio. El olor a pastel de zanahoria seguía flotando en el aire, rancio y obsceno, mezclado con el olor a cloro que emanaba de la ropa de David.

David la lanzó hacia el centro de la cocina. Laura resbaló en las baldosas pulidas con sus pies embarrados y cayó al suelo, golpeándose la cadera contra la isla de mármol.

Se quedó allí, ovillada, temblando violentamente. El agua sucia formaba un charco oscuro a su alrededor, manchando la perfección blanca de la cocina.

—¡Elena! —gritó David. Su voz retumbó en las paredes de cristal—. ¡Elena, trae el botiquín! ¡Me ha quemado la puta cara!

Laura levantó la vista.

Elena estaba en el umbral del salón.

No parecía sorprendida. No parecía asustada. Estaba de pie con una calma sobrenatural, observando la escena como una directora que evalúa un ensayo desastroso. Llevaba el cárdigan beige de Laura, ahora manchado de vino.

Pero algo había cambiado en ella.

Ya no tenía esa postura sumisa y dulce. Estaba erguida, con los hombros hacia atrás. Y en su cara había una expresión de aburrimiento absoluto.

—Te dije que no la subestimaras, David —dijo Elena. Su voz era plana, desprovista de la musicalidad que había usado durante días. Caminó hacia la isla de la cocina, ignorando a Laura en el suelo, y se acercó a David para examinarle la cara—. Tienes el ojo izquierdo muy irritado. Necesitas lavarlo con suero fisiológico o te quedarás tuerto.

—¡Me tiró cloro! —bramó David, apartando la cara del toque de Elena—. ¡Esa loca me tiró cloro!

—Lo sé. Lo he visto por la ventana. —Elena suspiró. Se giró hacia el fregadero, mojó un paño limpio y se lo tendió a David sin ninguna delicadeza—. Ten. Límpiate. Das asco.

David se apretó el paño contra la cara, soltando un gemido de dolor.

—El plan ha cambiado —dijo David, su voz amortiguada por la tela —. Olvida la clínica. Olvida la incapacidad civil. Esto es agresión con arma química. Es intento de homicidio.

Laura, desde el suelo, soltó una risa rota, histérica.

—¿Homicidio? —graznó Laura—. Tú me has drogado. Me has secuestrado. Me has robado.

David bajó el paño. Su ojo sano la miró con un desprecio infinito.

—Nadie te va a creer, Laura. Mírate. —Señaló su estado lamentable —. Eres una paranoica que ha atacado a su marido. Tengo a un psiquiatra de testigo. Tengo a Elena. Tengo tus huellas en la botella de cloro. Vas a ir a la cárcel, o a un psiquiátrico penitenciario. Me da igual dónde te pudras, siempre y cuando firmes los poderes antes de que te encierren para siempre.

David se giró hacia Elena.

—Llama a la policía. Diles que ha tenido un brote psicótico violento. Que tememos por nuestra vida. Que vengan armados.

Elena no se movió de inmediato. Se apoyó en la encimera, cruzando los brazos.

—¿La policía? —preguntó Elena, arqueando una ceja—. Eso no estaba en el contrato, David. El contrato decía "sin intervención policial". La policía hace preguntas. La policía investiga antecedentes.

—¡El contrato se ha ido a la mierda! —gritó David, perdiendo los estribos. Golpeó la encimera con el puño—. ¡Esta situación es insostenible! ¡Llama ya!

Elena lo miró un segundo más, evaluándolo. Luego, se encogió de hombros.

—Está bien. Tú eres el jefe. —Elena sacó un teléfono móvil del bolsillo del cárdigan. No era el suyo. Era el de Laura.

Pero antes de marcar, Elena hizo algo que heló la sangre de Laura.

Levantó las manos hacia su cabeza. Buscó algo detrás de sus orejas. Se oyó el sonido seco de unos clips metálicos soltándose. *Clic. Clic.*

Elena tiró.

La melena castaña, ondulada y salvaje —ese pelo que Laura había envidiado por su vitalidad— se desprendió de su cabeza como una

piel muerta. Era una peluca. Una peluca de alta calidad, pero una peluca al fin y al cabo.

Debajo, el pelo real de Elena cayó sobre sus hombros.

Laura dejó de respirar.

El pelo de Elena estaba teñido de un rubio ceniza idéntico al de Laura. Tenía el mismo corte: una media melena recta, elegante, burguesa. Incluso tenía las mismas mechas sutiles color miel que el peluquero de Laura le hacía cada dos meses.

Elena se sacudió el pelo real, liberándolo. Se miró en el reflejo del horno apagado y se colocó un mechón detrás de la oreja con el mismo gesto nervioso que tenía Laura.

El parecido era terrorífico. Con la misma ropa, el mismo pelo y la misma estatura, Elena ya no era una imitadora. Era un clon. Una versión más joven, más fuerte y más cruel de Laura.

David la miró, momentáneamente distraído de su dolor. Una sonrisa torcida apareció en sus labios quemados.

—Joder… —murmuró David—. Eres perfecta. Realmente eres buena. Cuando llegue la policía, verán a dos Lauras: la loca cubierta de barro y la esposa víctima que intentó ayudarla.

Elena no sonrió ante el cumplido. Dejó la peluca sobre la encimera, junto al frutero, como si fuera un animal muerto.

—Gracias —dijo Elena, seca.

—Marca el número —insistió David—. Di que nos ha atacado. Di que está fuera de control.

Laura intentó levantarse. Tenía que hacer algo. No podía dejar que ganaran.

—¡No! —gritó Laura—. ¡Es una trampa! ¡Todo es mentira!

David le dio una patada en las costillas, un golpe seco y brutal que la devolvió al suelo, tosiendo y boqueando por aire.

—Cállate —le escupió—. Estás acabada, Laura. Acepta tu destino. Has perdido.

David se giró hacia Elena, impaciente.

—¿A qué esperas? ¡Llama!

Elena tenía el teléfono en la mano. Su dedo pulgar estaba sobre la pantalla. Marcó tres dígitos.

David suspiró aliviado, apoyándose en la encimera, cerrando los ojos por el dolor de la quemadura.

—Bien. Pon el altavoz. Quiero oírlo. Quiero asegurarme de que dices lo correcto.

El silencio en la cocina se estiró. Solo se oía el zumbido de la nevera y la respiración entrecortada de Laura.

No hubo tono de llamada.

No hubo voz de operadora diciendo *"Emergencias, ¿dígame?"*.

David abrió el ojo sano.

—¿Elena?

Elena no estaba mirando el teléfono. Estaba mirando a David.

Había dejado el móvil sobre la mesa, con la pantalla negra. No había llamado a nadie.

Su expresión había cambiado radicalmente. La máscara de actriz eficiente, la máscara de "invitada perfecta", incluso la máscara de la mujer que seguía órdenes, se habían evaporado.

Lo que quedaba era algo mucho más oscuro. Sus ojos, libres ya de cualquier actuación, brillaban con una frialdad reptiliana.

Una sonrisa lenta, casi imperceptible, curvó sus labios. No era una sonrisa para David. Era una sonrisa *contra* David.

Elena metió la mano en el bolsillo del cárdigan y sacó algo.

No era un pañuelo. No era un guion.

Era una pistola. Una pequeña Beretta automática, negra y mate.

David parpadeó, confundido. Su cerebro, nublado por el dolor y la arrogancia, tardó un segundo en procesar la imagen.

—¿Qué haces? —preguntó David, con una risa nerviosa—. ¿De dónde has sacado eso? ¿Es de atrezzo?

Elena levantó el arma. Su agarre era firme, profesional. Nada de temblores. Apuntó directamente al pecho de David.

—Atrezzo —repitió Elena. Saboreó la palabra como si fuera un vino barato—. Siempre tan literal, David. Siempre tan… pequeño.

Laura, desde el suelo, miraba la escena con la fascinación horrorizada de quien ve un choque de trenes.

—Elena, baja eso —dijo David, dando un paso atrás. Su voz había perdido toda autoridad—. ¿Qué broma es esta? Te he pagado. Tienes tu dinero en la cuenta de Suiza. Tienes el bonus.

—El dinero está bien —concedió Elena, ladeando la cabeza—. Pero el dinero se gasta. Y los cabos sueltos… los cabos sueltos siempre molestan.

—¿De qué hablas? —David levantó las manos, palmas abiertas—. Somos socios. Tenemos un contrato. ¡Eres una actriz! ¡La mejor que he visto! ¡Te contraté por tu currículum!

Elena soltó una carcajada. Fue un sonido breve, seco, como un disparo.

—Ah, sí. El currículum. La agencia "Black Box". —Elena negó con la cabeza, mirándolo con una mezcla de lástima y desdén—. Fue muy fácil crear esa web falsa, David. Un poco de HTML, unas fotos de stock, unas referencias inventadas… Tú estabas tan desesperado por encontrar a alguien que hiciera el trabajo sucio que ni siquiera verificaste la IP.

David chocó contra la nevera. No tenía salida.

—¿Quién eres? —susurró David. El color había abandonado su rostro por completo.

Elena dio un paso adelante. La pistola no vaciló.

—¿De verdad creíste que yo era una actriz, David? —preguntó Elena suavemente.

Sus ojos se desviaron un segundo hacia Laura, en el suelo, y luego volvieron a clavarse en David con un odio tan puro, tan antiguo, que hizo que la temperatura de la habitación cayera diez grados.

—¿De verdad pensaste que podías destruir a tantas mujeres y salir impune para siempre?

Elena amartilló la pistola. *Clac.*

—Hola, David. Soy la hermana de Clara.

CAPÍTULO 14: LA VERDADERA IDENTIDAD

El nombre "Clara" cayó en la cocina como una piedra en un estanque de aguas negras, generando ondas que golpearon a David con la fuerza de un impacto físico.

Laura vio cómo la cara de su marido se transformaba. La irritación y el dolor por la quemadura química pasaron a un segundo plano, desplazados por una emoción mucho más primitiva: el reconocimiento. Y tras el reconocimiento, el terror.

—Clara no tenía hermanas —dijo David. Su voz salió estrangulada, un graznido defensivo—. Ella era hija única. Me lo dijo. Me dijo que estaba sola en el mundo.

Elena —o quienquiera que fuese esa mujer armada vestida como Laura— soltó una risa breve y áspera. No bajó el arma. El cañón negro seguía apuntando, firme como una sentencia, al centro del pecho de David, justo sobre la camisa de diseño empapada y sucia.

—Clara te dijo lo que tú querías oír, David. Te dijo que estaba sola porque eso te excitaba. Te gustaban vulnerables, ¿verdad? Te gustaban aisladas, sin red de seguridad, para poder ser su salvador… y luego su verdugo. —Elena dio un paso adelante. Sus botas manchadas de barro chirriaron sobre el suelo de porcelana—. Pero Clara tenía familia. Tenía una hermana que vivía en el extranjero. Una hermana que recibió su última llamada a las tres de la mañana, llorando tanto que apenas podía respirar.

Laura, desde el suelo frío y húmedo, sintió que las piezas del rompecabezas encajaban con un chasquido doloroso en su mente.

Clara. La "aventura".

David le había vendido la historia como un desliz sin importancia. *"Era una chica inestable de la oficina, Laura. Se obsesionó conmigo. Tuve que cortar por lo sano y ella… bueno, ella tomó una mala decisión"*. Laura había tragado esa versión. Había perdonado. Había asumido parte de la culpa por "descuidar" su matrimonio.

Pero ahora, mirando el perfil aterrorizado de David, Laura entendió que la historia de Clara no fue un desliz. Fue un ensayo general. Lo que le estaba haciendo a ella ahora —el gaslighting, el aislamiento, la locura inducida— ya se lo había hecho a otra.

—Ella se suicidó —susurró David, retrocediendo hasta que su espalda chocó contra la nevera de acero inoxidable. Levantó las manos, palmas abiertas, mostrando una indefensión patética—. Fue una tragedia, sí. Pero yo no tuve la culpa. Ella tenía antecedentes depresivos. Yo intenté ayudarla.

—¡Tú la empujaste! —gritó Elena. El control gélido se rompió por un segundo, dejando ver el fuego de un duelo no resuelto—. Le hiciste creer que la amabas. Le prometiste que dejarías a tu mujer. Y cuando ella se quedó embarazada, cambiaste. Empezaste a decirle que estaba loca. Que se lo inventaba. La amenazaste con destruir su carrera si hablaba. Le enviaste esos mensajes… *"El mundo estaría mejor sin una puta loca como tú"*. Los leí, David. Los leí todos en su móvil después de sacarla de la bañera llena de sangre.

Laura se llevó una mano a la boca, ahogando un sollozo. *Embarazada*. David nunca le había dicho eso.

—No… no es verdad… —balbuceó David, mirando frenéticamente a su alrededor, buscando una salida, un arma, algo. Sus ojos se posaron en el bloque de cuchillos de la encimera, a dos metros de distancia.

—Ni se te ocurra —advirtió Elena, siguiendo su mirada. Tensó el dedo sobre el gatillo—. Dame una excusa, David. Por favor. Dame solo una excusa para volarte la cabeza ahora mismo.

El silencio volvió a caer sobre la cocina, pesado y asfixiante. Solo se oía el zumbido eléctrico de la nevera y el repiqueteo incesante de la lluvia contra los ventanales negros.

David tragó saliva. Su nuez subió y bajó convulsivamente. Intentó recomponerse, intentó buscar ese encanto manipulador que siempre le había funcionado, pero estaba roto. Su cara, roja e hinchada por el cloro, parecía una máscara de cera derritiéndose.

—¿Cómo…? —preguntó David, con voz ronca—. ¿Cómo me encontraste? Busqué a una profesional. Usé los canales encriptados. La agencia *Black Box*…

—No existe —cortó Elena. Sonrió, una sonrisa carente de alegría—. Llevo dos años vigilándote, David. Sé dónde vives, sé dónde trabajas, sé qué foros de mierda visitas en la *Dark Web* cuando buscas "soluciones creativas" para tus problemas conyugales. Cuando vi tu anuncio buscando una actriz para un "proyecto de inmersión psicológica" con el objetivo de incapacitar a una esposa, supe que era mi oportunidad.

Elena se giró ligeramente hacia Laura, sin dejar de apuntar a David.

—Intercepté tus correos. Creé la identidad de Elena Vance. Me aprendí el guion. Me aprendí tus gustos. Me convertí en la herramienta perfecta para tu plan, porque sabía que tu ego era tan grande que nunca sospecharías que la herramienta pudiera tener memoria.

Laura miró a Elena. Ya no veía a la intrusa que le había robado la vida. Veía a una mujer rota por el dolor, impulsada por una sed de justicia bíblica.

—¿Por qué…? —Laura intentó hablar, pero su garganta estaba seca como lija—. ¿Por qué me hiciste todo esto a mí? ¿Por qué me torturaste si tu objetivo era él?

Elena la miró. En sus ojos, Laura vio un destello de arrepentimiento, rápido y fugaz.

—Porque necesitaba pruebas, Laura. Necesitaba que él se confiara. Necesitaba que él creyera que el plan funcionaba para que firmara los papeles, para que dejara rastro documental de su crimen. —Elena señaló con la cabeza hacia el jardín, donde la carpeta azul se pudría bajo la lluvia—. Y necesitaba que tú vieras quién es realmente. Si simplemente le hubiera pegado un tiro en la calle, tú habrías llorado al "marido perfecto". Habrías sido la viuda doliente. Necesitaba que supieras que duermes con un monstruo.

Laura sintió un escalofrío. Era una lógica retorcida, cruel, pero impecable. Elena la había roto para poder salvarla de la mentira.

—Vale, vale —interrumpió David. Su tono cambió, volviéndose negociador, desesperado—. Escucha… Elena. O como te llames. Tienes el arma. Tienes el control. ¿Qué quieres? ¿Dinero? Tengo mucho más. Puedo hacerte una transferencia ahora mismo. Criptomonedas. Irrastreable. Cinco millones. ¿Te parece bien? Cinco millones por la vida de tu hermana. Es un buen precio.

El aire salió de los pulmones de Laura ante la vileza de la oferta.

Elena no respondió con palabras. Respondió con una mirada de asco tan profundo que parecía físico.

—¿Crees que puedes comprarme? —susurró Elena—. ¿Crees que el dinero arregla el agujero que dejaste en mi familia? Mi madre murió de pena seis meses después que Clara. Acabaste con todos nosotros.

David vio que el soborno no funcionaba. Vio la determinación letal en los ojos de Elena. Vio que el dedo en el gatillo empezaba a ejercer presión. Iba a morir. Ahí, en su cocina de diseño, sucio y humillado.

El instinto de supervivencia de David, el de una rata acorralada, tomó el mando.

Fue rápido. Explosivo.

David agarró el frutero de cerámica pesada que tenía al lado y se lo lanzó a Elena con todas sus fuerzas.

—¡NO! —gritó Laura.chos

El frutero voló por el aire. Elena, por reflejo, levantó el brazo libre para protegerse la cara. La cerámica impactó contra su antebrazo con un crujido sordo, desviando su puntería.

BANG.

El disparo sonó como un cañonazo en el espacio cerrado. La bala se incrustó en el techo de escayola, haciendo llover polvo blanco sobre ellos.

David no esperó. Se lanzó sobre Elena como un animal salvaje.

Chocaron con violencia. El cuerpo grande y pesado de David contra la figura más ligera de Elena. Ambos se estrellaron contra la isla de la cocina. Copas, botellas y cuchillos salieron volando.

—¡Suelta el arma! —rugía David, golpeando la mano de Elena contra el mármol.

Elena gruñía, aferrándose a la pistola con desesperación, pataleando, intentando clavarle las uñas en la cara quemada de David.

Laura se levantó del suelo, resbalando en el agua jabonosa y el barro. El dolor de su cadera y su cabeza palpitaba, pero el terror le daba una claridad alucinada.

Vio a David levantar el puño y golpear a Elena en la cara. Un golpe brutal. La cabeza de Elena rebotó contra la encimera. Sangre brotó de su nariz.

—¡Déjala! —gritó Laura.

Laura cogió lo primero que vio: una botella de vino tinto llena que no se había roto. Corrió hacia ellos y la descargó sobre la espalda de David.

La botella no se rompió, pero el golpe sordo hizo que David arqueara la espalda con un grito de dolor.

Se giró, soltando a Elena por un segundo, y le dio un revés a Laura con el antebrazo. El golpe la mandó contra los armarios, dejándola sin aire.

Pero la distracción fue suficiente. Elena recuperó el aliento y le clavó la rodilla en la entrepierna a David.

David se dobló, cayendo de rodillas. Pero en su caída, agarró la muñeca de Elena, la muñeca que sostenía el arma.

—¡Maldita zorra! —siseó David, retorciéndole la mano.

Forcejearon por el arma. Era una danza caótica y letal en el suelo de la cocina. El cañón negro giraba de un lado a otro, apuntando al techo, a la ventana, a Laura.

—¡Suéltala! —gritaba Elena, mordiendo la mano de David.

David rugió y usó su peso superior para aplastar a Elena contra el suelo. Puso ambas manos sobre la pistola, tratando de arrebatársela o de girarla hacia ella.

Laura, recuperando el aliento, vio la escena con horror. David iba a matarla. Iba a quitarle el arma y matar a Elena, y luego a ella.

Laura se lanzó de nuevo. Agarró a David por el cuello de la camisa desde atrás, tirando con todas sus fuerzas, clavándole las uñas en la garganta.

—¡Suéltala, David!

Los tres eran una maraña de extremidades, sangre, barro y odio.

El dedo de alguien —quizás el de Elena, quizás el de David forzando el de ella— apretó el gatillo.

BANG.

El segundo disparo fue diferente. No golpeó el techo. No golpeó la pared.

Sonó sordo. Húmedo.

El movimiento frenético se detuvo al instante.

David se quedó rígido. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, como platos de porcelana a punto de romperse. Soltó el arma. Soltó a Elena.

Se llevó las manos al estómago.

Un mancha roja, oscura y brillante, empezó a expandirse rápidamente sobre su camisa blanca, justo debajo de las costillas.

David miró a Laura. Luego miró a Elena. Parecía sorprendido. Ofendido, incluso. Abrió la boca para decir algo, quizás una última mentira, quizás una orden, pero solo salió una burbuja de sangre.

Se desplomó hacia un lado, golpeando el suelo con un peso muerto, inerte.

El silencio que siguió fue absoluto, más fuerte que la tormenta.

Elena estaba tendida en el suelo, respirando entrecortadamente, con la cara llena de sangre por el golpe en la nariz. El arma se le había resbalado de los dedos durante el retroceso del disparo.

La pistola se deslizó por las baldosas húmedas, girando sobre sí misma, hasta detenerse.

Se detuvo justo delante de las rodillas de Laura.

Laura miró el arma. Era negra, fría, real. Olía a pólvora quemada, un olor acre que se mezclaba con el del hierro de la sangre de su marido.

Laura extendió la mano. Sus dedos temblaban, pero se cerraron alrededor de la empuñadura. El metal estaba caliente.

Levantó la vista.

David estaba en el suelo, boqueando como un pez fuera del agua. Su mirada se estaba vidriando, perdiendo el foco, fijándose en algún punto del techo donde la primera bala había dejado su marca. Se estaba muriendo. El charco rojo bajo él crecía, reclamando la cocina, reclamando la casa.

Laura miró a Elena.

Elena se incorporó lentamente, sentándose sobre sus talones. Se limpió la sangre de la nariz con el dorso de la mano, manchando el cárdigan beige de Laura.

Miró el cuerpo de David. No había piedad en su mirada. Solo una satisfacción fría y vacía. Misión cumplida.

Luego, Elena levantó la vista y miró a Laura.

Sus ojos se encontraron.

Laura tenía el arma en la mano. Su dedo estaba cerca del gatillo. Podía acabar con todo. Podía disparar a la intrusa. Podía llamar a la policía y decir que Elena había entrado y matado a su marido. Sería la verdad, o casi.

Pero Elena no parecía tener miedo. No levantó las manos. No suplicó.

Simplemente miró el arma en la mano de Laura, y luego miró a los ojos de Laura, con una intensidad profunda y cómplice.

—Está hecho —dijo Elena, con voz ronca—. El monstruo está muerto.

David soltó un último gorgoteo espasmódico y se quedó inmóvil.

Laura miró el cadáver de su marido. Luego miró el arma en su mano. Y finalmente, miró a la mujer que había orquestado todo esto.

La sirena de policía, lejana pero acercándose rápidamente entre la lluvia, empezó a aullar en la distancia. Alguien —quizás Roberto, quizás un vecino alertado por los disparos— había llamado después de todo.

Elena ladeó la cabeza, escuchando las sirenas. Sonrió tristemente a Laura.

—Ahora tienes que elegir, Laura —susurró Elena—. ¿Soy la villana que mató a tu marido? ¿O somos las víctimas que sobrevivieron?

CAPÍTULO 15: LA CÓMPLICE

El silencio que sigue a un disparo mortal no es vacío; es pesado. Tiene masa. Ocupa el espacio que antes llenaban los latidos, las mentiras y la respiración de un hombre.

Laura miró el cuerpo de David. La mancha roja en su camisa blanca había dejado de crecer. Sus ojos, fijos en el techo, ya no veían. Ya no calculaban. Ya no juzgaban. Por primera vez en meses, Laura no sintió el peso de su mirada evaluadora.

Sintió una ligereza aterradora. Como si la gravedad hubiera decidido soltarla.

El arma en su mano pesaba, tirando de su brazo hacia abajo, pero Laura no la soltó. El metal caliente contra su palma era la única cosa real en el mundo.

—Las sirenas —dijo Elena.

Su voz rompió el trance. Elena seguía en el suelo, limpiándose la sangre de la nariz con la manga del cárdigan. No miraba el cadáver. Miraba a Laura con una intensidad febril, evaluando su reacción, calculando las probabilidades de supervivencia.

—Están entrando en el camino privado —continuó Elena, hablando rápido pero con una claridad cristalina—. Roberto debió llamar cuando oyó el primer disparo. O quizás saltó la alarma silenciosa. Tienes dos minutos, Laura. Quizás tres.

Laura levantó la vista del cuerpo.

—¿Dos minutos para qué? —preguntó. Su propia voz le sonó extraña, metálica, como si viniera de otra habitación.

—Para decidir cómo termina esta historia.

Elena se puso de pie con dificultad, haciendo una mueca de dolor al apoyar la pierna golpeada. Cojeó hasta quedar frente a Laura, ignorando el cañón de la pistola que todavía oscilaba peligrosamente cerca de su abdomen.

—Tienes dos opciones —dijo Elena, bajando la voz hasta un susurro conspirador—. Opción A: Le dices a la policía la verdad. Que yo soy una intrusa, la hermana vengativa de Clara, que entré aquí y maté a tu marido.

—Es la verdad —murmuró Laura.

—Es una verdad complicada —corrigió Elena—. Implica explicar por qué tu marido me contrató, por qué hay contratos falsos, por qué estabas a punto de ser internada. E implica que yo iré a la cárcel. Y si yo voy a la cárcel, Laura, te aseguro que me llevaré tu reputación conmigo. Contaré cada detalle de tu "locura". Contaré que tú sabías lo del plan y dejaste que ocurriera. Será un juicio mediático. Tu vida, tal como la conoces, se acabará. Serás la "viuda del monstruo".

Elena dio un paso más. Estaba tan cerca que Laura podía oler su sudor, su sangre y ese perfume de rosas robado.

—O… Opción B.

Elena señaló el arma en la mano de Laura.

—Él te atacó. Él te estaba drogando. Él intentó matarnos a las dos cuando descubrimos sus planes de fuga. Tú cogiste el arma en el forcejeo. Tú disparaste.

Laura parpadeó.

—¿Yo? —Laura miró la pistola—. ¿Quieres que confiese un asesinato?

—No es asesinato, Laura. Es legítima defensa. —Elena agarró las manos de Laura, envolviendo sus dedos fríos sobre los de ella alrededor de la empuñadura de la Beretta—. Mírate. Tienes la cara golpeada. Tienes marcas en las muñecas. Estás cubierta de barro y cloro. Él es un hombre de noventa kilos que te estaba torturando. Cualquier jurado del mundo te daría una medalla, no una condena.

Laura miró el cuerpo de David. Recordó la sonrisa que le dedicó cuando creía que estaba loca. Recordó la frialdad con la que planeaba enviarla a Santa Matilde. Recordó cómo la había borrado, día tras día, hasta convertirla en un fantasma.

Él quería destruirla. Él era el enemigo.

Y Elena… Elena, con toda su crueldad, había expuesto la verdad. Elena había apretado el gatillo, sí, pero Laura había deseado la muerte de David con cada célula de su cuerpo en los últimos diez minutos.

—Si dices que fuiste tú —continuó Elena, susurrando directamente al oído de Laura—, eres la heroína. Eres la superviviente. Y yo… yo solo soy la testigo. La pobre chica cuyo coche se averió y se vio atrapada en una pesadilla doméstica, ayudando a la mujer maltratada a salvar su vida.

Laura sintió un escalofrío. Era un guion perfecto. Mejor que el que David había comprado.

—¿Por qué harías eso? —preguntó Laura—. ¿Por qué darme el crédito?

Elena sonrió. Una sonrisa torcida, manchada de sangre, pero genuina.

—Porque él te quería destruir, Laura. Y yo te he liberado. Considéralo mi regalo de despedida. La hermana de Clara salda su deuda.

Las luces azules de las sirenas empezaron a rebotar contra las paredes de la cocina, estroboscópicas, violentas. El sonido de neumáticos derrapando sobre la grava mojada llenó el patio.

Laura apretó el arma. Sintió el poder que residía en ese trozo de metal.

Miró a Elena a los ojos. En ese abismo oscuro, vio su propio reflejo. Ya no eran dos extrañas. Eran dos caras de la misma moneda, forjadas en el fuego del abuso de David.

—Defensa propia —dijo Laura, probando las palabras. Le supieron a triunfo.

—Defensa propia —confirmó Elena.

Laura asintió.

—Límpiate la cara —ordenó Laura, su voz adquiriendo de repente una firmeza nueva, autoritaria—. Y esconde esa peluca. Si vamos a hacer esto, lo vamos a hacer bien. Tienes que parecer aterrorizada, no una asesina fría.

Elena obedeció al instante, guardándose la peluca en el bolsillo interior del cárdigan y frotándose los ojos para provocar lágrimas.

Laura se giró hacia la puerta. Respiró hondo, llenando sus pulmones con el aire viciado de la cocina. Buscó dentro de sí misma, en el pozo de dolor y miedo de los últimos días, y tiró de ese hilo.

Las lágrimas brotaron. El temblor regresó, esta vez controlado, una herramienta.

—¡AQUÍ! —gritó Laura, con un desgarro que le raspó la garganta—. ¡ESTAMOS AQUÍ! ¡AYUDA!

La puerta se abrió de golpe.

Tres agentes de la Guardia Civil entraron con las armas en alto, impermeables goteando, linternas cortando el aire.

—¡POLICÍA! ¡SUELTEN LAS ARMAS!

Laura dejó caer la Beretta al suelo. El ruido metálico resonó como un punto final.

Levantó las manos, manchadas de barro y pólvora. Se dejó caer de rodillas junto al cuerpo de David, pero no para tocarlo, sino para apartarse de él con repulsión teatral.

—¡Me iba a matar! —sollozó Laura, cubriéndose la cara con las manos—. ¡Iba a matarnos a las dos!

—¡Al suelo! —gritó uno de los agentes, acercándose a David para comprobar el pulso.

—Está muerto —dijo el agente tras unos segundos. Se giró hacia Laura—. Señora, ¿usted disparó?

—Fue él… —intervino Elena desde la esquina, temblando, abrazándose a sí misma—. Él se volvió loco. La estaba golpeando. Iba a usar un cuchillo. Ella solo… ella solo intentó pararlo.

Laura miró a través de sus dedos. Vio cómo los agentes bajaban las armas, viendo no a una asesina, sino a una mujer rota, herida y aterrorizada. Vio la compasión en sus ojos.

Entonces, una figura más entró por la puerta. El doctor Roberto. Estaba pálido, mojado, con los ojos desorbitados.

—¡Ellas están locas! —gritó Roberto, señalando a Laura—. ¡Es una paciente psiquiátrica! ¡Yo llamé! ¡Ella lo ha matado!

Laura levantó la cabeza. Sus ojos, rojos por el llanto y el cloro, se clavaron en Roberto con la precisión de un láser.

—Él ayudaba… —gimió Laura, señalando a Roberto con un dedo acusador—. Él le daba las pastillas. Él trajo los sedantes para secuestrarme. ¡David me dijo que él firmaría mi incapacidad a cambio de dinero!

Los agentes se giraron hacia Roberto.

—¿Es eso cierto? —preguntó el sargento, notando el maletín médico que Roberto aún aferraba.

—No, no… yo soy un médico respetable… —balbuceó Roberto, retrocediendo.

—¡Mire en su maletín! —gritó Elena—. ¡Tienen jeringuillas cargadas! ¡Iban a sacarla de aquí a la fuerza!

El sargento hizo un gesto a uno de sus compañeros. El agente cogió el maletín de Roberto y lo abrió. Allí estaban. Las ampollas de sedante. Las jeringuillas preparadas.

La cara de Roberto se desmoronó.

—Señor, acompáñenos —dijo el agente, agarrando a Roberto del brazo.

Laura bajó la cabeza y escondió una sonrisa contra sus rodillas.

El escenario estaba montado. La obra era un éxito.

Pasaron horas. O quizás fue solo un instante eterno.

La casa se había llenado de gente. Forenses, fotógrafos, secretarios judiciales. Los flashes de las cámaras iluminaban la cocina con destellos blancos, inmortalizando el final de David Serrano.

Laura había dado su declaración sentada en el sofá del salón, envuelta en una manta térmica dorada, con una taza de tila que le temblaba en las manos. Elena estaba a su lado, sosteniéndole la otra mano, corroborando cada sollozo, cada pausa dramática.

Habían contado la historia del contrato. La historia de la estafa. Habían omitido, por supuesto, la verdadera identidad de Elena y el momento de la ejecución. Para el mundo, el disparo había sido un accidente desesperado durante una lucha a vida o muerte.

Finalmente, se llevaron el cuerpo.

Laura vio la bolsa negra cruzando el recibidor en una camilla. No sintió nada. Ni pena, ni amor, ni odio. Solo la satisfacción de ver cómo sacaban la basura.

El sargento se acercó a ellas. Se quitó la gorra.

—Señora Serrano, hemos terminado por ahora. La juez tomará declaración oficial mañana, pero dadas las evidencias de las maletas

en el coche, el cloro y los sedantes del doctor… parece un caso claro de defensa propia ante un secuestro y agresión. Dejaremos una patrulla fuera esta noche por seguridad.

—Gracias —susurró Laura.

—¿Tiene alguien con quien quedarse? ¿Algún familiar?

Laura miró a Elena.

—Tengo a mi amiga —dijo Laura—. Ella se quedará conmigo.

El sargento asintió, miró a Elena con aprobación y salió, cerrando la puerta tras de sí.

El silencio regresó a Blackwood House. Pero ya no era un silencio opresivo. Era el silencio de un espacio reconquistado.

Laura se quitó la manta térmica. Se levantó y caminó hacia la cocina. El suelo había sido fregado someramente por los servicios de limpieza, pero aún quedaba una mancha oscura en la junta de las baldosas.

Laura abrió un armario. Sacó dos copas.

Fue a la vinoteca. Sacó una botella de *Sangiovese*. La misma marca que habían bebido la primera noche. *La Cantina del Sole*.

Descorchó la botella con movimientos firmes. El sonido del corcho saliendo fue una celebración.

Sirvió dos copas generosas.

Se giró.

Elena estaba apoyada en el umbral, observándola. Ya no parecía la hermana vengativa de Clara. Tampoco la actriz contratada. Parecía… cómoda.

Laura le tendió una copa.

—Por Clara —dijo Laura.

Elena tomó la copa. Sus dedos rozaron los de Laura. Estaban calientes ahora.

—Por Laura —respondió Elena.

Bebieron. El vino era oscuro, complejo, con notas de cereza y tierra. Y sí, un toque de ceniza. Pero esta vez a Laura le supo a gloria.

Laura se apoyó en la isla de la cocina, cruzando los pies. Miró a Elena.

Elena llevaba tres días usando su ropa. Usando su perfume. Ocupando su espacio.

Hace unas horas, eso la aterraba. Ahora, la idea de quedarse sola en esta casa inmensa, con los ecos de David en las paredes, le parecía insoportable. Necesitaba a alguien que conociera la verdad. Alguien que supiera dónde estaban enterrados los secretos. Alguien igual de rota y peligrosa que ella.

—La policía volverá mañana —dijo Laura—. Habrá prensa. Abogados. Será un circo.

—Lo sé —dijo Elena, haciendo girar el vino en la copa—. Puedo irme si quieres. Desaparecer. Tengo experiencia en eso.

Laura negó con la cabeza lentamente.

—No —dijo Laura. Dejó la copa sobre el mármol—. No tienes adónde ir. Y yo necesito un testigo creíble. Además… esta casa es demasiado grande para una sola persona. Y cocinas mejor que yo.

Laura caminó hacia el recibidor, donde el abrigo de Elena seguía tirado en una silla desde el registro policial. Pero en lugar del abrigo, Laura cogió el cárdigan beige de cachemir que la policía había devuelto en una bolsa de pruebas tras examinarlo.

Volvió a la cocina.

—Te puedes quedar unos días más —dijo Laura, extendiéndole la prenda suave.

Elena miró el cárdigan. Luego miró a los ojos de Laura. Hubo un entendimiento silencioso, profundo y oscuro. Un pacto que iba más allá de la coartada. David había querido reemplazarlas, intercambiarlas. Bien. Ellas habían aceptado el cambio.

Elena dejó su copa. Cogió el suéter. Se lo puso despacio, saboreando el tacto de la lana cara contra su piel. Se subió las mangas hasta cubrirse la mitad de las manos, ese gesto que tanto había enfurecedo a Laura y que ahora le parecía extrañamente reconfortante.

Elena se alisó la prenda sobre las caderas. Se giró hacia el reflejo del horno, admirando cómo le quedaba. Luego se giró hacia Laura.

Sonrió. No era la sonrisa de una invitada. Era la sonrisa de la dueña.

—Gracias —dijo Elena suavemente—. Creo que me va a gustar vivir aquí.

Laura le devolvió la sonrisa y levantó su copa.

Fuera, la tormenta había cesado, pero dentro de la casa, la oscuridad acababa de ponerse cómoda.

FIN